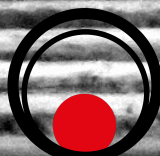


ÚLTIMA PARADA AUSCHWITZ

[XAVI • VILLANUEVA]



ABISMO.fm

ÚLTIMA PARADA AUSCHWITZ

[XAVI • VILLANUEVA]

© ABISMOfm

Vitae et, nunc hasellus hasellus, donec, id elit donec hasellus ac pede, quam amet. Arcu nibh maecenas ac, nullam duis elit, ligula pellentesque viverra morbi tellus molestie, mi. Sodales nunc suscipit sit pretium aliquet integer, consectetur pede, et risus hac diam. Scelerisque sodales, mauris lorem non consectetur. Felis maecenas sit adipiscing ullamcorper, amet pede consectetur quis rutrum, nec vestibulum sem, integer non felis a vel. Vel proin, sapien, mauris amet in semper sodales, mauris lorem.

Xavi Villanueva
Rambla Joaquim Vayreda
08850. Gavà. Barcelona
www.abismofm.com

A todos a los que tuvieron la desgracia de padecer en propias carnes el horror nazi.

A todos los que, cada día, al despertar, pesa todavía como una losa el estigma de los campos de concentración.

A todos aquellos que han luchado, luchan y lucharán por conseguir que no se vuelva a repetir semejante barbarie.

Al faraón Tutmosis Miralles, sin su consejo, esta historia hubiese nacido manca.

En memoria de mi querida Fanny. ¡Nunca te olvidaré!

Xavi Villanueva

Piera, 21 de Octubre de 2003

Última revisión, 12 de Febrero de 2017

El mundo no está amenazado por las malas personas, sino por aquellos que permiten la maldad.

Albert Einstein

La libertad no hace felices a los hombres, los hace sencillamente hombres.

Manuel Azaña

Me desconcierta tanto pensar que Dios existe, como que no existe.

Gabriel García Márquez

PREFACIO

Mi nombre es lo de menos. Lo de más, es todo lo demás. Auschwitz.

De nuevo aquí. Exhausto. Moribundo. Acabado.

A duras penas, he llegado hasta el barracón de oficiales. Allí, me esperaba la desvencijada silla sobre la que descansa lo poco que resta de mí.

Delante, una mugrienta mesa.

Sobre ella, un objeto maldito para los dedos inadecuados.

Un artefacto que, lejos de ser ajeno para mí, es más bien todo lo contrario: mi más íntimo enemigo.

Un artilugio que me enfrenta por enésima vez al cruel desafío de la maldita hoja en blanco; del dedo indeciso que se posa sobre la tecla pero no la pulsa; del tengo mucho que decir pero no sé por dónde empezar; ni cómo. ¡En fin!

Auschwitz. ¡Qué lugar! No encuentro epítetos.

Pero, ¿es posible volver a este sitio voluntariamente? Yo diría que sí, al menos es lo que acabo de hacer. Si es coherente, eso ya es otro cantar.

Puede no parecer muy juicioso que, tras varios años encerrado entre estos muros en los que hallé tanto dolor, al ser liberado por las tropas aliadas que, por cierto, empiezan a evidenciar síntomas de tener la situación bajo control y de estar desequilibrando la balanza en su favor, haya optado precisamente por volver al epicentro de mis penurias.

Lo que me lleva a la conclusión, que la vida no es más que un ir y venir constante, un perpetuo trasiego entre el blanco y el negro, el *yin* y el *yang*, el bien o el mal, Hitler o Stalin, entre la vida o la muerte...

Pero, al fin, por vez primera desde que diera comienzo este demencial torbellino de dislates que Hitler se empeñó en bautizar con el sórdido apelativo de *Solución Final*, me sé poseedor de una sólida certeza: ¡por fin voy a morir! Creo que ya me lo merezco.

Pero antes, he de dejar impresas las letras que, una tras otra, conformarán las palabras de las que nacerán oraciones que arrojen luz sobre la verdad. Indicios, pruebas, testimonios... vitales para que semejante catástrofe humanitaria no quede relegada al desván de la Historia.

Y yo me pregunto, ¿existe la Verdad?

La verdad, lo ignoro.

Aunque intuyo que algo tan subjetivo y maleable pueda tener veracidad. No concibo que algo tan tendencioso pueda ser fetén.

En definitiva, que, antes de entregarme mansamente en brazos de la misteriosa silueta de la guadaña, me dispongo a trazar las líneas maestras que delimitan las fronteras de los últimos cuatro años de mi vida.

Cuatro años de auténtica pesadilla.

A relatar, no la verdad, sino mi verdad. A plasmar en papel los entresijos que me han hecho acabar dos veces en este repulsivo lugar de cuyo nombre no quiero acordarme.

Fdo: Józef Belov

Campo de concentración de Auschwitz. 18/01/1945

(Creo)

Capítulo 1

EL ALBOR DE LA PESADILLA



■ ¡¡Selección!!!

Ese grito, atronador y amenazante, perturbó el silencio de una gris mañana sin corazón. Pero, ese grito, que en otras circunstancias bien hubiera podido significar mil cosas, encerraba algo tan funesto y terrible que consiguió que a todos se nos helara la sangre. Comenzaba la lotería. En el lenguaje cotidiano del gueto, “selección”, bien podía significar el principio del fin.

Tras la ventana, percibí negros nubarrones preñados de lluvia insinuando lo inminente del chaparrón. Cerré los ojos y me estremecí. Me mimeticé con el gris del día. La cotidianidad de la selección y los sibilinos rumores de lo que nos hacían si se nos llevaban

los alemanes, habían hecho mella en mí, dejando poco más que un personaje rendido y un espíritu de lucha lánguido y sentenciado.

Tras ese breve instante de vacilación, me levanté del colchón como impulsado por un resorte. No me sentía desconcertado, ni perdido, ni tan siquiera nervioso o angustiado. La rutina, había convertido ese proceso en algo menos aterrador de cómo lo que fue las primeras veces. Eso sí, había que darse prisa, los alemanes eran implacables. Kasia, mi esposa, se encargó de desperezar a los niños. No había tiempo que perder. Si te retrasabas en exceso, según su subjetivo criterio, te descerrajaban a quemarropa un cargador entero. No escatimaban en munición.

Los niños, también se estaban acostumbrando al luctuoso ritual. Ya no les producía tanto pavor. Esto, me entristecía profundamente. Ningún niño debería acostumbrarse jamás a la perversa cotidianidad de un conflicto armado. Pero, en esa triste y gris Europa de 1941, eso era del todo imposible. No con tiranos como Hitler o Stalin en el poder. No con gente capaz de amurallar una amplia zona de la ciudad, introducir allí toda la “escoria” judía y aislarla del resto de polacos “dignos” mientras deciden qué hacer con ellos. Es inmoral.

Juliusz y Milena, mis dos preciosos hijos, me miraron con preocupación. Sus cándidos ojillos, aún entrecerrados y legñosos, parecían decir ¡Otra vez no! Los tranquilicé con la mirada, aunque en la misma,

había implícita una clara invitación al apremio. Sabían de sobras que, actuar con premura, era de vital importancia. Lo cual, acataban con una mezcla de resignación y fastidio.

Nos vestimos con diligencia, pese a las estrecheces del cuartucho en que dormíamos apretujados los cuatro sobre un mugriento colchón. El piso, de sólo dos habitaciones, lo compartíamos con otras diez personas, en total sumábamos catorce, por lo que, a fin de cuentas, no éramos los peor parados.

Consulté el reloj que, en tiempos pretéritos, luciera con pomposidad mi abuelo materno, que perdió la vida defendiendo a su país durante la Gran Guerra.

Las 7:33h. ¡Cada día venían antes! A quien maldruza, Dios le ayuda. El estruendo era estremecedor. Los alaridos, los golpes y las constantes imprecaciones de los soldados de las SS¹ y el frenético ir y venir de nuestros aterrorizados compañeros de gueto, componían una sombría sinfonía de horror a tan temprana hora de la mañana.

Una vez fuera, comenzaron a formarnos ordenadamente en la plaza para iniciar su infausto ritual de selección. ¿Selección para qué? Gran pregunta. La mayoría de nosotros ni tan siquiera lo sabía. Lo máximo que teníamos algunos eran intuiciones, corazonadas, vagas sospechas. Quien más quien menos, había oído

¹ SS: *Schutz-Staffel*. “Escuadras de protección” (Nota – como todas las siguientes- del autor)

rumores de la existencia de los campos de exterminio y asumía que, más que probablemente, nos dirigíamos hacia una muerte segura. O a trabajar como bestias hasta la extenuación.

A las 7:39h -increíble, menos de seis minutos- todos estábamos ya perfectamente formados en el centro de la plaza. Bueno, casi todos, ya que hubo una veintena que tuvieron la desgracia de comprobar en sus carnes la ferocidad de los inexpugnables soldados de las SS.

Éstos, se paseaban arrogantes entre las filas siguiendo un teatral ritual. Para ellos, parece de vital importancia el hecho de divertirse mientras nos humillan y degradan. Una manera como cualquier otra de hacer más llevadero el trámite que representamos para ellos. Nos habían convertido en un formalismo burocrático, un estorbo que debía dejar de estorbar en el menor plazo posible. Lo peor, es que no se limitaban llanamente a cumplir con rigidez militar sus órdenes, por muy duras o inhumanas que éstas pudiesen llegar a resultar. Además, intentaban hacer de ello una distracción contra la apatía y el desgaste provocados por una guerra que, aunque reciente, se presumía que iba a ser larga.

En caso de surgir complicaciones, no había problema, tan sólo necesitaban escudarse en el lícito cumplimiento de las obligaciones impuestas por un superior. Oséase, la “Obediencia debida”.

Bonito eufemismo, sin duda.

Nos convirtieron en sus marionetas. Y en un estupendo ejercicio de tiro. Los fusilamientos masivos estaban a la orden del día. Nos habían transformado en un laxo saco de boxeo sobre el que aliviar el estrés acumulado. La frustración. El odio. Hitler se había encargado, sin sutilezas, de alentar entre sus tropas, y entre el resto de la población alemana, un profundo sentimiento antisemita; todo lo que oliese a hebreo no debía de producirles más que repulsión.

Aquella fría y gris mañana de marzo, mientras un glacial reguero de sudor empezaba a empapar mi espalda, observé con atención el brutal comportamiento de los SS para con nosotros, y puedo constatar, que Hitler había cumplido con creces su cometido. Sus ojos, supuraban odio. Un odio visceral e inhumano. Nos veían como la carroña de la sociedad, como un virus que estaba corrompiendo, lenta pero eficazmente su sistema, un virus que había que erradicar cuanto antes como les había sido taxativamente ordenado por el “Mesías” del pueblo alemán, por su Führer² y por su causa: ese utópico III Reich³ que durará mil años, como no se ha cansado de pronosticar hasta la saciedad el malvado tirano austriaco.

² Guía

³ Imperio

Lo único que, a mi juicio, ha conseguido Hitler en realidad, no ha sido más que crear un ejército de cabezas cuadradas efectivos y obedientes que acata sus órdenes de forma mecánica, ciegamente, sin preguntas, con la obstinación típica de los germanos desde tiempos inmemoriales.

A veces, rogaba porque, por nada del mundo, ese enfermizo dictador acabase haciendo realidad sus delirios imperialistas. El mundo sería horrible bajo sus designios. ¿Qué sería de mi gente? ¿Qué sería de nosotros?

Enfermaba con sólo pensarlo.

Volveré al relato de los hechos. Kasia se encontraba ante mí, en la fila inmediatamente anterior, dándome la espalda. Los niños, uno a cada lado. Los tres temblaban de miedo. Era notoria y dolorosamente perceptible. La mezcla de cólera e impotencia que experimentaba, me carcomía las entrañas. No podía hacer nada por ellos, ni tranquilizarles. Uno de los SS, fornido y de redondas facciones, se detuvo frente a mí taladrándome con la mirada, fría y hostil como un mal recuerdo. El ambiente, como su mirada, era gélido. Nevaba débilmente. Caían unos minúsculos copos que aterían mi cara. No moví ni un músculo. Más me valía.

De reojo, advertí como tres filas más adelante, otro soldado se llevaba arrastrando, firmemente afechado a sus grises cabellos, a una débil anciana, la cual, aullaba penosamente. Un hombre, situado a su izquierda en la fila, a todas luces su marido, se abalanzó sobre el soldado para defender a su esposa. Inmediatamente, otros dos SS, que salieron de Dios sabe dónde, lo agarraron por los brazos, lo arrastraron fuera de la formación y le saltaron la tapa de los sesos de un único disparo. Idéntico final recibió su mujer.

Para el resto, el mensaje quedó meridianamente claro: más valía quedarte bien quieto .

El altivo soldado, que se mantenía imperturbable frente a mí, asiendo con firmeza su lustroso fusil, no me retiró su desafiante mirada ni por un instante. Sus fosas nasales exhalaban con rítmica firmeza vigorosos penachos de helado vapor. Parecía una locomotora ansiosa por arrollarme. Durante lo que se me antojó una eternidad, se quedó mirándome fijamente, esperando con avidez el más leve desliz por mi parte. No le di ese gustazo. Pero, al parecer, el que yo le aguantase la mirada sin mostrar el más leve sentimiento de temor, hirió su inflamada soberbia.

Sus ojos, inyectados en sangre, continuaron escrutándome amenazadores.

Yo no bajé la mirada. Uno también tiene su orgullo.

Entonces, durante una centésima de segundo miré a Kasia. Craso error. Mi negligencia, hizo desviar la mirada del soldado hacia donde se había dirigido la mía. Sus arrogantes ojos se posaron sobre la delicada y negra cabellera de Kasia. Por mi expresión de pavor, comprendió que ella era lo más importante de mi vida.

Entonces, se regodeó. De sus regordetes labios manó una carcajada preñada de malas vibraciones. Sus ojos se iluminaron ante la perspectiva de hacerme daño. Mucho daño.

Mientras la intensidad de la nevada iba débilmente *in crescendo*, su mirada volvió a posarse burlescamente sobre Kasia. Flemático, aunque a la vez desafiante y sin borrar de su rostro ni durante un segundo su odiosa sonrisa, dirigió sus pasos hacia ella.

A mí, me dio un vuelco el corazón.

Capítulo 2

UNA DESCORAZONADORA CERTEZA



El rollizo SS se detuvo detrás de Kasia. Se giró y me miró de nuevo. Seguía sonriendo. Acercó su cara a la nuca de mi esposa. Olisqueó con su achaparrada nariz entre su negra mata de pelo con cara de asco. Volvió a mirarme risueño, con dos dedos haciendo pinza sobre su nariz. A continuación, le sopló el cuello. Kasia se estremeció. Después, con su enguantada mano, acarició con sumo desprecio la preciosa cabellera de mi diva.

Kasia volvió a temblar. Él le asestó un inesperado capón en la coronilla. Kasia lo aguantó casi sin inmutarse. A su lado, el pequeño Juliusz, tiritando de frío y miedo, le agarró con fuerza la mano. Milena le imitó, por su pálida mejilla resbalaba con tristeza una única y pesada lágrima.

El corpulento soldado sonrió socarronamente. Miró a Kasia. Me miró a mí. Miró a Juliusz. Después a Milena. Luego, nuevamente a mí. Nada más. Sólo nos observaba. Si bien, resultaba evidente que el más insignificante desliz por nuestra parte, sería sinónimo de desgracia, o lo que es aún peor, de tragedia.

Lo que ocurrió a continuación me partió el alma y la ha mantenido partida hasta el día de hoy. El pequeño Juliusz, que desde su nacimiento, apenas cuatro años atrás, sufría periódicos ataques epilépticos, cayó al suelo presa de uno de ellos. Su frágil cuerpecillo, se convulsionaba lastimosamente sobre el adoquinado mientras de su boca manaba una burbujeante espuma blanca.

Yo, abducido por la impotencia, experimentaba una extraña sensación de parálisis, de pérdida de control de mis actos. Me sentía mero espectador de los hechos, sin derecho a participación en los mismos. Como si el titiritero que maneja mis hilos se hubiese tomado un breve respiro. La sucesión de imágenes que captaban mis ojos se solapaban entre sí como proyectadas por un estroboscopio.

Kasia, se arrodilló azorada junto a nuestro pequeño con la intención de ponerle un pañuelo en la boca, para evitar que se mordiera la lengua. No pudo hacerlo. El corpulento SS se acercó rápidamente por su espalda, la asió con violencia del pelo, obligándola a levantarse, la abofeteó repetidas veces y la instó a

quedase quieta. Kasia acató sumisa y llorosa su decreto. El miedo desdibujaba su hechizante sonrisa habitual, su mágica mirada. De sus labios, manaba un hilillo de sangre y moqueaba.

Yo, por increíble que pueda parecer, permanecía impasible, maniatado por la extraña nebulosa de incertidumbre de la que era rehén. Juliusz, se estremecía sobre los nevados adoquines presa de virulentos espasmos. El taimado soldado teutón se agachó junto a él, lo inspeccionó con evidente desinterés durante unos breves segundos para, acto seguido, descargar un inesperado y salvaje culatazo con su fusil sobre la frágil cabeza de mi pequeño.

Seguramente, el soldado pensó que Juliusz fingía. Su exangüe cuerpecillo, yacía inerte sobre el empedrado de la plaza con sus piernecillas entrecruzadas formando una macabra tijera. Un profuso reguero brotaba de debajo de su cabecita tiñendo los adoquines de furioso bermellón. De la comisura de sus labios entreabiertos, seguía manando una crepitante espuma, como dando legitimidad a la autenticidad del acceso epiléptico.

Una furiosa riada de adrenalina me recorrió el espinazo, despertándome de mi breve letargo cerebral. Entonces sí, me lancé como un poseso sobre el soldado de vacua mirada. Lo agarré del cuello y apreté con vehemencia. Quería arrancarle la vida con mis propias manos, despellejarlo, descuartizarlo...

El aceitoso y mofletudo soldado no lograba reaccionar, mi ataque le cogió tan desprevenido que, sin grandes alardes por mi parte, quedó sin capacidad de reacción. Kasia, arrodillada en el suelo con las manos entrelazadas sobre la cabeza, vaciaba sus lagrimales con la expresión de tristeza más conmovedora que jamás haya visto. Eso, me hizo apretar más fuerte, si cabe. El regordete SS se retorció intentado, sin lograrlo, zafarse de mi feroz acometida.

Por momentos, tuve su vida a mi entera merced. Entonces, dos brutales golpes sobre mi espalda, hicieron que me desplomara sobre la calzada dando al traste con mi breve conato de resistencia. El soldado que acababa de sacudirme con la culata de su fusil me agarró, también por la cabellera, y me arrastró hacia el muro en donde, escasos minutos antes, había fusilado a la pareja de ancianos. Los patéticos aullidos de Kasia me desgarraban el corazón. Supe que ya nada podía hacer... y me di por vencido.

El joven SS me lanzó como a un saco junto al muro y me apuntó con su fusil, el mismo que yo llevaba doblemente tatuado en la espalda.

Dediqué esos breves instantes a mis oraciones con el Altísimo, rogando por que protegiera a mi mujer y a mi niña. Cerré los ojos y oré.

Seguían cayendo minúsculos copos de nieve. Yo, resignado por completo a mi suerte, recitaba mis absurdas plegarias en un bisbiseo ininteligible. Mantenía

los ojos fuertemente cerrados, aguardando ansioso escuchar el que significaría, sin duda, mi último sonido en este maltrecho mundo.

Pero, pasaban los segundos y nada sucedía. Sólo frío y silencio. Al alzar la vista, quedé estupefacto. No es que se le hubiese encasquillado el arma, ni que pretendiese dilatar malintencionadamente mi martirio, el muy cretino, tras su anterior muestra de gratuita brutalidad tanto con Kasia, como con el pobre Juliusz, a saber por qué razón, temblaba ahora como un polichinela. Con actitud desafiante, le insté con gélida mirada a que acabara con mi vida de una maldita vez. Continuaba apuntándome con su fusil, pero sin decidirse a disparar.

-¿Es que no tienes cojones sucio bastardo alemán? -escupí furioso- ¿Se te ha acabado la valentía?

Evidentemente, me comprendía.

El yiddish, es una lengua vernácula de los pueblos germanos, por tanto, de fácil comprensión para ellos. Su mirada intentaba intimidarme, aunque le faltaba convicción. Observé como uno de sus regordetes dedos se posaba lentamente sobre el gatillo para acabar con mi vida, pero el muy canalla no acababa de apretarlo.

-¡Hazlo de una maldita vez! -farfullé suplicante con los dientes apretados.

En ese preciso instante, cuando al fin se había dignado a terminar con mi suplicio, otro soldado de

mayor graduación, apartó a un lado el fusil y le dijo que yo podía ser aún de mucha utilidad, que sólo acabase con los ancianos y los enfermos.

Eso sí, de una buena paliza nadie me libró. Y de las de antología.

Cuando se consideraron satisfechos, me arrojaron, literalmente, al grupo de los “seleccionados”. Seríamos, a ojo de buen cubero, unos doscientos. Niños, adolescentes, adultos y algunos ancianos. Todos varones.

Frente a nosotros, a unos escasos veinte metros, había formado otro grupo de similar cantidad, éste compuesto exclusivamente por mujeres.

Entre ellas: Kasia y Milena. No podían verme. Se las veía tan tristes e indefensas, ¡tan derrotadas!

Los que aún permanecían en la formación inicial, fueron disueltos y alentados a regresar derechos a sus hogares.

Todos ellos, respiraron aliviados al comprobar que se habían librado de la arbitraria y macabra selección.

El cuerpo de Juliusz yacía ahora solitario en el centro de la plaza. Azotado por la glacial brisa y cubriéndose lentamente de nieve. Me despedí de él con la mirada, con el corazón, con el alma. Hubiese dado sin dudar mi inútil vida por abrazarlo, por darle un último beso aunque, era consciente que, siempre y cuando mi precario estado me permitiese levantarme,

no llegaría ni a medio camino antes de notar el frío acero alemán atravesar mi espalda.

Y eso, sería estúpido.

Y estéril.

Quería llorar, ¡lo necesitaba con urgencia!, pero mis caprichosas lágrimas se negaban a brotar. En ese instante, una descorazonadora certeza se apoderó de mí: Jamás volvería a ver a mis dos princesas.

¡Jamás!

Entonces, perdí el conocimiento.

Capítulo 3

DEPORTACIÓN Y CONFINAMIENTO



Lo que vi ante mis ojos cuando recobré el conocimiento, me conmocionó profundamente. Me hallaba sentado en el suelo de un indecoroso vagón de tren, totalmente de madera, de los que se usan para el transporte de ganado, con la espalda apoyada en la pared y las rodillas abrazadas entre los brazos.

Éramos cientos de personas, amontonados unos sobre otros como sacos de estiércol. El abigarrado vagón estaba firmemente sellado por puertas correderas de madera coronadas por alambre de espino, para evitar posibles fugas. El hedor que se respiraba era insostenible. Olía a humanidad ultrajada, a miedo y desesperación.

Frente a mí, un hombre rayano a la cuarentena visiblemente enfermo y demacrado, lloraba desconsolado.

lado la muerte de su hijo, de aproximadamente la misma edad de Juliusz, el cuál, descansaba en su regazo totalmente inerte. Sentí vívidamente su angustia y frustración, yo acababa de padecer la misma pérdida que lo subyugaba.

Varios ancianos, no soportaron la crudeza del infernal viaje y perecieron en el trayecto hacia nuestro funesto destino. Sin saberlo, se ahorraron una humillación mucho mayor, una degradación sin paliativos. Los lamentos se sucedían dentro del vagón en una lastimera letanía de dolor y crispación.

En cada nueva parada, subían más y más personas a los vagones del tren de la muerte. En su gran mayoría judíos, más de las tres cuartas partes -diría yo-, aunque también eran arrojados allí: gitanos, comunistas, homosexuales, prostitutas y gente de los más bajos estratos sociales.

El tren traqueteaba incansablemente durante su tortuoso recorrido, lo que me estaba dejando la espalda hecha cisco. Fueron varias veces las que intenté incorporarme, pero mi magullado cuerpo y el apelo-tonamiento de gente me lo impidieron. Desistí. Por enésima vez, pensé en Kasia y en Milena. Sus ausencias, junto con la de Juliusz, oprimían mi corazón. Eran mi vida, la razón de mi existencia, mi credo, mi religión... y ya no les tenía. Sin ellos, nada tenía sentido.

Me habían arrebatado para siempre a mi pequeño Juliusz, y separado de mi amada Kasia; siempre alegre y jovial, toda energía y con un inagotable sumario de virtudes en su haber. También me habían despojado de la criatura más maravillosa, inocente y vital que nunca he visto: esa angelical criatura a la que llamamos Milena, en honor a mi abuela materna. Por segunda vez, tuve la certeza que, como a Juliusz, jamás volvería a verlas.

Lloré, por fin, como ignoraba que se pudiera llorar. Quería ser fuerte, mi vida dependía de ello, pero fui incapaz de retener más tiempo el líquido caudal de mi profundo pesar. Degusté el agrio sabor de la más humillante de las derrotas. No concebía lo que podía ser caer más bajo, eso, era imposible.

No tardé mucho en concebirlo.

El cansancio y el dolor me sumieron de nuevo en un estado de letargo, un febril duermevela del que no salí hasta que el tren se acercaba a su destino final.

Última parada: Auschwitz.

No sabría explicar cómo, pero, al despertar, me encontraba en el otro extremo del vagón, frente a una de las puertas correderas. Conseguí, no sin gran esfuerzo, y gracias a la solidaria colaboración de algunos de los que me rodeaban, ponerme en pie. Me sentía increí-

blemente débil, frágil como una hoja caduca ante la inminencia del otoño. Liviano como una cometa a la deriva en el centro del un temporal. Me aupé a duras penas y observé a través del alambre de espino. Los vagones precedentes pasaban bajo un letrero de metal en el que había escrito lo siguiente: “*Arbeit macht frei.*”⁴ Una incongruencia como otra cualquiera, además de una demostración concluyente de su sórdido sentido del humor.

Una valla metálica, coronada por disuasorio alambre de espino y cristales, circundaba todo el perímetro de la inmoral instalación nazi. Los postreros estertores de la locomotora nos anunciaron que el viaje tocaba a su fin, que nos hallábamos en el KZ⁵ de Auschwitz. Con la salvedad de la gran mayoría de niños y de algunos adultos excesivamente ingenuos, todos conocíamos nuestro centro de acogida. Sabíamos que llegábamos a un campo de concentración, Auschwitz, sito en la población homónima, muy cerca de Cracovia. Pero, poco más. Muy poco.

El ensordecedor chirrido de la frenada y el consiguiente siseo producido por la explosión de vapor, precedieron a la total detención del tren. Atisé a través de una rendija entre los listones de madera de la puerta del vagón. Sólo acerté a ver el hálito helado de

⁴ El trabajo os hará libres

⁵ **KZ:** *Konzentrazionen Zone*. Campo de concentración

un pastor alemán, increpándonos con sus ladridos. Tras el rabioso can, distinguí la arrogancia de unas relucientes botas militares. No pude ver nada más.

Finalmente, la puerta corredera se abrió dando paso a una guardia: las SS, paradigma de la más mezquina de las maldades e icono más representativo de la perversión de Adolf Hitler. Porras en ristre, los eficientes *Camisas Negras*⁶ apaleaban a diestro y siniestro a todo el que se cruzaba en su camino, hasta que no quedó títere con cabeza, o lo que es lo mismo, hasta que no quedó nadie dentro del tren, al menos vivo.

Efectividad contrastada. En menos de tres minutos, estábamos todos formados. Miré a mi alrededor. Altos muros de ladrillo presididos por rollos de alambre y cristales tapiaban nuestra libertad, nuestra frágil esperanza. Anochecía. Hacía un frío despiadado. Una casi imperceptible nevisca comenzó a caer sobre nuestras cabezas. Tirité, y no solo a causa del frío.

A todo aquel que osaba moverse o hablar, lo molían a palos. ¡Era incomprensible! Nuestro comportamiento era de lo más sumiso. Inequívoca y bochornosamente sumiso. Nadie oponía la menor resistencia, entre otras cosas, porque estábamos agotados por las inhumanas condiciones del dramático viaje; muchos malheridos por las vejaciones, otros muchos enfermos y alguno que otro, agonizando. La mayoría nos mani-

⁶ Apelativo por el que eran popularmente conocidas las SS, evidentemente, debido al color de sus uniformes.

festábamos perdidos, desorientados, asustados, y en estado de shock por la violenta separación de nuestros seres queridos.

Aún así, su conducta era brutal, sin el más leve destello de misericordia. Se paseaban impertérritos buscando el más leve destello de indisciplina para avasallarnos. Los solícitos pastores alemanes, subordinados a sus amos gracias a unas gruesas cadenas de metal, nos observaban con inquina olfateándonos con curiosidad. ¿Les habrán enseñado a diferenciar el olor de los judíos? ¿Olemos diferente?

El viento aullaba furioso ateriendo nuestros rostros, mientras el firmamento anunciaba la inminencia del crepúsculo. Luchando, con cierta comicidad, por mantenerme firme, miraba al frente sin casi pestañear, intentando no mostrar el profundo pesar que me embargaba. Reprimiendo las lágrimas, la cólera, el odio. Procurando, por todos los medios, no exteriorizar el intenso miedo que me sugestionaba.

De siempre me he considerado un fiel servidor de la doctrina de Yahvé, Jehová, Dios, o como demonios se le quiera llamar. Sin embargo, últimamente mi fe se había ido resquebrajando paulatinamente, sin prisas, pero resultando drásticamente debilitada. No era capaz de concebir que Él permitiera algo así. Me negaba a admitirlo.

He leído con profusión y avidez, incluso con deleite, el Pentateuco. Siempre me ha gustado lo “abier-

ta” que es *La Torá*⁷. Cada cual le puede dar el sentido que desee a lo que hay escrito en ella, ya que carece de signos de puntuación que indiquen la entonación adecuada. Por eso, *la Torá*, sólo puede ser comprendida y asimilada tras un largo y severo estudio. Pero, lo mejor de todo, es que siempre mantendrás una visión subjetiva, tu propia manera de entenderla. Siempre he querido creer lo que allí se expone, pero, cada vez albergo más dudas.

Durante casi toda mi vida, y de forma totalmente autodidacta, debido a las vicisitudes por las que siempre hemos pasado, intenté culturizarme leyendo con voracidad montones de libros que me prestaba un pastor ortodoxo, un tanto liberal, que vivía a cuatro casas de la nuestra.

Monseñor Wyszynski, que así es como se llamaba el interfecto, consiguió que un semianalfabeto como yo llegara a compartir, y casi superar, su extrema devoción por la literatura. Me prestó libros de todo y sobre casi todo. Los grandes filósofos, los grandes clásicos de la narrativa, las mejores obras de ensayo y divulgación, teatro, los más prestigiosos poetas, textos sagrados de otras religiones... Todo lo que caía entre mis manos, era leído por mí con suma avidez. ¡Cómo disfrutaba! La literatura llegó a copar la práctica totalidad de mi escaso tiempo libre.

⁷ “La Ley”. Nombre con el que se conoce en el judaísmo a los cinco primeros libros de la Biblia o Pentateuco.

¡Incluso Kasia acabó por aficionarse!

De ahí nacen, de mi autodidáctica, mis vacilaciones y sospechas en relación con lo escrito en la Torá. Al no haber sido instruido por nadie, y haberlo aprendido por propia iniciativa, se multiplican mis dudas al respecto del texto entregado por Yahvé a Moisés en el Monte Sinaí, y que sienta las bases de la cultura y devoción semitas.

Es por eso, que tengo la capacidad de leer las sabías palabras de la Torá con mucho más rigor y con una visión menos distorsionada y tergiversada que la que te pueda proporcionar un rabino.

El resquebrajamiento persistió. Y mi fe se hizo funambulista.

La actividad en Auschwitz prosiguió con su inflexible y disciplinado orden habitual. Todo allí sucedía con una cadencia soporífera y mecánica. Tras un rápido y arbitrario chequeo por parte del equipo médico que, al parecer, dictaminaba nuestra idoneidad para llevar a cabo los quehaceres requeridos, los diligentes *Camisas Negras* comenzaron a sustraer del grupo a los “no capacitados”. Los formaron aparte. Entre los SS, miradas de aquiescencia y arrogantes risitas de regodeo. Para muchos, era su primera vez, ya que Auschwitz tan sólo llevaba unos pocos meses en funcionamiento.

El equipo médico, se mostraba circunspecto y apático, como si la cosa no fuera con ellos. Como si fuésemos ganado. Se encargaban de separar las reses improductivas de las productivas. Así de sencillo. Y ellos, se entregaban a esta labor con total indiferencia. Tal vez, esta postura les hiciese más fácil de asumir la barbaridad a la que estaban contribuyendo.

Cuando el hatajo de los “improductivos” quedó completo; entre heridos irre recuperables, enfermos, ancianos y algunos niños, se los llevaron hacía lo que intuí que serían las cámaras de gas. No me equivoqué.

No habíamos hecho más que llegar y nuestro número se había visto ya severamente diezmado. Y no era más que el principio. No puedo negar lo aliviado que me sentí al comprobar que me habían considerado “recuperable”. Si existía alguna esperanza, por vana que ésta fuera, de algún día salir de este infierno y reencontrarme con mis dos princesas, bien valía la pena soportar con estoicismo todas sus asquerosas infamias.

Aunque hubiese sido mejor acabar con todo para siempre en ese preciso momento, me hubiese ahorrado, sin duda, los peores días de toda mi vida.

Capítulo 4

EL DESPERTAR



Abro los ojos a un mundo que me es por completo ajeno. No sé ni dónde estoy ni quién soy. Lo que sí sé, es que la cabeza me duele horrores.

Me hallo en una austera habitación blanquecina, que no blanca, con diversas manchas de humedad. No está ni muy limpia ni muy sucia. Los pocos muebles que la pueblan son de maderas sencillas y baja calidad, pero están en muy buen estado de conservación. Sin ser bonito, todo el conjunto de la habitación da un aire de calidez que me hace sentir a gusto, si bien, los visillos que cubren las ventanas son feísimos. La luz es tenue, difusa... al igual que mi estado de ánimo. A lo lejos, percibo una música que suena triunfal, aunque un coro de voces guturales, no sé muy bien por qué, me la hacen parecer fea y ofensiva.

Nada más. En mi mente no hay absolutamente nada más. Sólo silencio y frustración, y un sinfín de interrogantes.

La puerta de la habitación se abre de repente. Por ella, aparece un hombre al que no conozco, pero al que encuentro muy guapo. Sus facciones son suaves y su mirada, aunque triste, me resulta encantadora. Me saluda con cortesía y con demasiada timidez, pese a que en su boca se aprecia el amago de una sonrisa. Trae una bandeja en sus manos con un humeante plato, una jarra con agua y un vaso.

-¿Tienes hambre? -me pregunta.

Es increíble. Intento contestarle... pero no puedo, no sé cómo hacerlo. Entiendo su lenguaje, es muy semejante al que creo recordar, aunque con matices. El problema radica en que no sé emplearlo. Por el momento, tan sólo soy capaz de emitir una serie de grotescos gruñidos. Él, sonrío con humildad y coloca bien la almohada para que me pueda incorporar un poco. Después, coloca la bandeja sobre mis piernas con sumo cuidado, para que no se derrame nada.

-Tranquila, no te impacientes, ya verás como muy pronto esa molesta niebla que cubre tu mente se desvanecerá y todo volverá a su sitio -su voz es agradable y parece un hombre de lo más paciente-. Lo que importa es que, al menos, has recuperado la consciencia, lo cual es todo un avance. Y ahora... ¡a comer!

Tras unos segundos eternos, y ante mi evidente desconcierto, ya que ignoro lo que debo hacer, el atractivo individuo coge la cuchara, la introduce en el plato, recoge parte de su humeante contenido, lo sopla con firmeza para evitar que me quemé la lengua y, tras abrirme con destreza la boca con la cuchara, hace despertar de su letargo a mis papilas gustativas. No sé qué es, pero está buenísimo.

-Es mi especialidad, sopa de zanahorias y patatas -dice adivinándome de nuevo el pensamiento-, de mi propia cosecha.

Al parecer, los innumerables musculitos de mi cara han olvidado menos cosas que los de mi cerebro y traducen sus complejos movimientos en una radiante sonrisa que, vista la respuesta del atractivo extraño, parece ser que ilumina mi rostro. Él parece sonrojarse, pero me devuelve la sonrisa. Entonces, mi corazón se desboca y mi juicio se obnubila más aún, si cabe. Él también parece confundido, pero termina de darme con gran paciencia la sopa, intercalando cortos sorbitos de agua que me sientan la mar de bien. Por un momento casi se me ha olvidado por completo el impertinente dolor de cabeza... ¡lástima que sólo haya sido un instante!

No entiendo por qué, pero mis ojos quieren cerrarse y yo, pese a que lo intento con todas mis fuerzas, no puedo hacer nada por evitarlo. El guapo desconocido parece intuir de nuevo lo que pasa por mi cabeza y, levantándose, recoge la bandeja de mis piernas, vuelve a colo-

car la almohada en su posición original, me acomoda, me arropa y se despide con un gratificante:

-Que tengas dulces sueños.

La puerta de la habitación se cierra y la luz se apaga... al igual que mi mente.

Capítulo 5

DUDAS, SANGRE, SUDOR Y LÁGRIMAS



Esa noche no conseguí pegar ojo. Tendido boca arriba en el rígido camastro de madera, masticaba mi angustia en silencio, con los ojos como platos y sin el más leve atisbo de quererse cerrar.

Una y otra vez acudían a mi mente con inusitado realismo los increíbles sucesos acaecidos durante tan aciago día: la frágil cabecita de Juliusz aplastada contra el suelo, el reguero de sangre que de ella manaba reptando entre los nevados adoquines, los hinchados ojos de Kasia dedicándome un sombrío adiós en una cara que era la viva imagen de la desesperación, la turbación de Milena observando el cuerpo sin vida de su hermano, con su nívea carita salpicada de lágrimas, la profusión de golpes contra mi cuerpo, el despiadado traslado en tren hasta este lugar de muerte, los fusila-

mientos selectivos, el pánico, el odio, la rabia, el cabizbajo transitar de los primeros “elegidos” hacia las cámaras de gaseamiento.

¿Quién puede dormirse con semejante elenco de desgracias en la retina?

Por si fuera poco sufrimiento para un solo día, nos dejaron sin cena. No hubo explicación alguna. No había cena, y punto. No me veía con la suficiente fuerza de voluntad para aguantar durante mucho más tiempo tanto sufrimiento, tanto dolor, tanta ignominia y humillación...

Cuando en el año 135 d.C se disolvió definitivamente la provincia romana de Judea, los judíos, nos convertimos en un pueblo nómada condenado a errar perpetuamente por todo el planeta en busca de un lugar donde asentarnos para vivir pacíficamente nuestras vidas. Allí donde llegamos, siempre tuvimos que hacer frente a las infundadas suspicacias que generábamos entre los aborígenes. No descubro nada nuevo diciendo que, históricamente, el judío, ha sido un pueblo desdeñado, perseguido, espoleado y masacrado por las más diversas etnias, a veces, víctimas de severísimos pogromos. Aunque, jamás, de la manera en la que lo están haciendo estos desaprensivos.

La génesis de todo este entuerto antisemita a gran escala, se sitúa el 30 de enero de 1933. Ese día, un petulante liliputiense austriaco de ridículo bigotillo llamado Adolf Hitler, adalid indiscutible del controvertido NSDAP⁸, fue designado con todos los honores canciller supremo de Alemania, de manos del longevo presidente Hindenburg. Aquel fatídico día, comenzó nuestra particular desgracia.

Hitler, auspiciado por sus maniqueos delirios de poder y convencido que actuaba guiado por la Providencia, se creyó en la obligación de privar al mundo entero de lo que consideraba que era su peor lacra, el infecto cáncer que estaba mancillando la Humanidad: la judeidad internacional. Desde entonces, de modo gradual, los judíos de casi toda la vieja Europa han sido ultrajados, vilipendiados, acosados, y lo que es aún peor, asesinados y masacrados impunemente.

Valga como ejemplo clarificador la noche del 9 de noviembre de 1938, la tristemente famosa *Kristallnacht*⁹, donde centenares de judíos fueron asesinados a lo largo y ancho del territorio alemán a cargo de las SS y las Juventudes Hitlerianas que, previamente, habían recibido órdenes explícitas de ser todo lo contun-

⁸NSDAP: *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter-Parte*.
“Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán”

⁹Noche de los cristales rotos.

dentes que considerasen oportuno. Y eso fue lo que hicieron.

Aparte de los muertos, el inventario de esta calamitosa noche sería el siguiente: millares de heridos y torturados, miles de establecimientos expoliados y destruidos, cantidad de hogares hebreos saqueados y sus pertenencias lanzadas al medio de la calle, cientos de sinagogas destrozadas e incendiadas, decenas de miles de arrestados que fueron enviados a campos de concentración... Tamaño horror, en tan sólo unas pocas horas, de la puesta a la salida del sol. Lentas horas que tiñeron Alemania de vergüenza y de un salvajismo inusitado contra todo lo hebreo. Esa fría noche de noviembre, significó sin duda el pistoletazo de salida al macabro plan de extinción masiva de Hitler: su Solución Final al problema judío.

Pero lo más execrable de todo, es que Hitler haya logrado contagiar a casi toda una nación su irracional animadversión hacia los de nuestra estirpe. Alemania y los alemanes, nos han pagado con el mismo odio que hemos soportado desde tiempos ancestrales.

Si bien, en este aspecto, sería injusto apuntarle el tanto sólo a Hitler, no sería de recibo. Este triunfo jamás hubiese sido tal, sin la maestría y buen hacer -es un decir- de Joseph Goebbels, superministro de Propaganda y brazo derecho del dictador. Goebbels, tanto en lo positivo como en lo negativo, es muy difícil de

synthetizar, aunque yo lo describiría como un personaje equidistante, ya que puede llegar a ser tan solvente y lúcido como despiadado y sumiso. Sin el “talento” de Goebbels, seguramente las propuestas genocidas de Adolf Hitler jamás hubiesen fructificado. Se hubiesen quedado en una utópica monstruosidad. Pero los humanos, somos expertos en invertir las utopías, sobre todo en lo concerniente a monstruosidades.

Era incapaz de dormir. Y no sólo por el trasiego mental que me hostigaba, también hizo lo suyo la insolente sinfonía de inoportunos sonidos que llenaba la noche: ronquidos, toses, llantos, jaculatorias, ventosidades...

No desesperé. Proseguí con mis analíticos devaneos histórico-espirituales. Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, no recé mis oraciones. Esa noche, por primera vez en mi vida, puse en tela de juicio la existencia del Altísimo.

A la mañana siguiente, reanudó el sórdido espectáculo. Desconcierto, rabia y miedo en nuestras miradas. Odio, desprecio y regocijo en la mirada de los *Camisas Negras*. Extrema hostilidad en el ambiente. Y frío, mucho frío.

Tras formar, nos condujeron al comedor.

Allí, recibimos el “almuerzo”, que consistió tan sólo en medio litro de sucedáneo de café o té no azu-

carados. Si lo que querían era matarnos, lo iban a conseguir. Quién sabe, tal vez tengan un modo digamos que peculiar, de entender la “selección natural” darwiniana.

Tras el “festín” nos volvieron a formar en el patio. Nuevamente, fuimos examinados uno por uno por el mismo equipo médico del día anterior, que, con la misma apatía y pusilanimidad de entonces, señaló con su macabra batuta a los nuevos candidatos a la cámara de gas.

La inanición y la excesiva crudeza de las últimas horas, así como las extremas condiciones de insalubridad sufridas en los barracones que nos servían de dormitorio, habían hecho mella durante la noche en muchos de nosotros. La mayoría, estábamos aquejados de alguna enfermedad. En mi caso, sufría los primeros estadios de la bronquitis. Nadie estaba en las condiciones óptimas para enfrentarse al durísimo día que tuvimos que soportar, pues estábamos exhaustos.

No todos lo superaron. Algunos, víctimas del cansancio, fallecieron sin ayuda externa. Otros, por los más variopintos motivos, fueron amablemente conducidos por los serviciales SS a una muerte exenta de toda dignidad.

Trabajábamos, sin apenas descanso, en la construcción del segundo complejo de Auschwitz, que acabaría denominándose: Birkenau. Por el severísimo trato que fuimos sometidos, presentí que debían de acabarlo con urgencia. No quería dar crédito a lo que había escuchado furtivamente de conversaciones entre los SS. El nuevo complejo en construcción, Birkenau, era enteramente un campo de exterminio, concebido para solventar las graves insuficiencias que presentaba el plan de aniquilación en masa de judíos impuesto por el alto mando alemán.

De ahí la urgencia. Cuando alguno de nosotros desfallecía, lo levantaban a la fuerza para reincorporarlo a sus cotidianos quehaceres. Si no lo lograban, o el aludido se negaba, le descerrajaban un tiro en la nuca.

Los cadáveres eran cargados en carretillas y lanzados a una gran fosa, erigida para tal efecto, que se hallaba a tan sólo un centenar de metros de dónde estábamos excavando para enclavar los cimientos del, todavía virgen, centro de muerte. El cuadro, era realmente estremecedor. Y el hedor a muerte y putrefacción, francamente nauseabundo.

La montaña de famélicos cadáveres no dejó de engrosarse en mayor o menor medida durante toda la jornada laboral.

Yo, a duras penas, lograba clavar en el árido y helado suelo el pesado azadón, ya que tenía las manos llagadas y rezumando sangre. A pocos metros, dos

Camisas Negras, charlaban con tono monótono, como hastiado. Uno le decía al otro, al parecer de mayor rango:

-Las fosas resultan insuficientes.

El otro le espetó:

- Y, ¿cómo piensan solucionarlo?

A lo que el primero sentenció fríamente:

-Hornos crematorios.

Se me heló la sangre. ¡¡Hornos crematorios!! Nos iban a incinerar en hornos crematorios. Ningún animal es capaz de concebir tamaño grado de irracionalidad. Únicamente el Hombre. Si pudiera, renegaría gustoso de mi condición de humano.

Finalmente, llegó la anhelada hora de la comida. Arrastré los pies hacia el comedor en busca del preciado maná. Allí, un único preso-funcionario, lento como el que más, era el encargado de administrar a cada uno su correspondiente ración.

La espera, como a todos, se me antojó eterna. Cuando, por fin, recibí mi exigua ración, intenté digerirla lo más tranquilamente posible. Intenté saborear el único alimento “sólido” recibido en las últimas treinta y seis horas, por insulso y poco apetecible que fuera. En este caso, unos tres cuartos de litro de una insípida

sopa con mondas de patatas, nabos y zanahorias. Nada más. Y de nuevo, vuelta al trabajo.

Mis inflamadas manos, aparecían llagadas y sanguinolentas a causa de toda una mañana a pico y pala. ¡Y quedaba toda la tarde por delante! El simple hecho de no desfallecer, se me antojó una heroicidad.

Cuando del astro rey no quedaba más que el recuerdo y de nuestra energía ni eso, nos anunciaron que la jornada había llegado a su fin.

Tras una rápida y gélida ducha, obtuvimos nuestra recompensa por el largo e inhumano día de trabajo: un mísero chusco de pan que, perfectamente, podría haber sido utilizado como arma arrojadiza, una pequeña porción de mantequilla, a todas luces en mal estado, y una cucharada de mermelada de frutas.

La acuciante necesidad de alimento me llevó a comer con voracidad tan pernicioso manjar. En cambio, fueron muchos los que, previsoramente, guardaron su ración para la mañana siguiente. Sabían que nos esperaba otra cruel jornada de trabajo intensivo e intuían que nuestro desayuno volvería a constar únicamente del imbebible aguachirri al que tenían la suficiente caradura de llamar café. Por lo que, preferían descansar y olvidarse de sus apetitos hasta por la mañana.

Pero yo no conseguí reprimirme. Me aferré, ignoro si acertadamente o no, a la máxima de: “no dejes

para mañana lo que puedas hacer hoy” y llené mi de-
nostado estómago.

La noche se presentó de lo más inquieta. Mis intestinos, comenzaron a pasar factura del mal estado de los alimentos ingeridos. Finalmente, mis esfínteres perdieron toda capacidad de lucha y cedieron ante lo inevitable. Pasé toda la noche manchado como no hacía desde que fuera un tierno bebé.

Lloré en silencio mi rabia. Al parecer, mi humillación no conocía límites. Soy incapaz de concebir la suficiente cantidad de odio para desearle, ni tan siquiera a mis verdugos, unas circunstancias parecidas a la que me estaban haciendo vivir mi.

Conocí tiempos mejores. Conocería tiempos peores.

Capítulo 6

INCERTIDUMBRES: REFLEXIÓN Y ANÁLISIS



Los días se sucedían irremisiblemente. Cada uno, era igual de indeseable y decadente que su predecesor. Se me hacía difícil no pensar cada mañana que pudiera ser la última. Personalmente, lo deseaba cada día con mayor énfasis. Cualquier cosa se me antojaba mejor que soportar tanto oprobio.

Una de esas mañanas, creo que la octava desde nuestra llegada, se llevaron a todos los críos. Sus padres, lloraban descorazonados sabedores de la inminencia de sus muertes. En sus desinfladas miradas se intuía la más miserable de las derrotas. Muchos, fueron ejecutados tan prontamente, que no llegaron a conocer, ni de oídas, al peligroso lunático escondido tras el siniestro seudónimo de “*Ángel de la Muerte*”: Josef Mengele. Este inmundo “portento de la ciencia” al que

tenían la desfachatez de llamar doctor, deshonrando por completo la profesión, realizaba todo tipo de macabros experimentos, supuestamente médicos, con los chicos en pos de la creación mediante manipulación genética de la raza aria pura. Es decir, perfectos alemanes altos, rubios y con unos preciosos ojos azules. Ese era el deseo expreso del *Führer*, por lo tanto, irrevocable. Para ello, el doctor Mengele y sus acólitos se valían de cualquier medio científico, lícito moralmente o no. Vertían todo tipo de decolorantes en los ojos de los indefensos chiquillos, con la intención de cambiar la tonalidad del iris. Les inoculaban el virus de cualquier enfermedad con el fin de comprobar la eficacia de nuevos medicamentos, así como un largo y vergonzante etcétera.

Añoraba una barbaridad a Kasia, a Milena y Juliusz. Mi existencia sin ellos carecía por completo de significado. Los recuerdos producidos por su ausencia, me torturaban.

A mi mente, acudían en tropel infinidad de instantáneas de tiempos más felices, de cuando les tenía a mi lado. Esos detalles insignificantes que, cuando suceden, no les das la importancia que merecen, pero que al serte denegados, se tornan imprescindibles. La sonrisa de delectación que exhibía Kasia después de

saciar nuestras apetencias amorosas. La inaudita belleza de su desnudez. El gran orgullo que rezumaba su rostro siempre que se la felicitaba por cualquiera de sus succulentos guisos. Su mal disimulada sonrisilla cuando me reprendía por manchar de tierra las toallas del baño, al volver de laborar. Su curiosa forma de doblar los calcetines y la ropa interior, del revés, algo que nunca llegué a comprender. Sus estridentes estornudos que siempre me hacían reír. Su extrema humanidad. Su inmensa capacidad de amar y dejarse ser amada. Su ternura. Su tesón... Los primeros llantos de Milena nada más nacer. El primer *papá* que brotó de sus regordetes labios. Sus lindos ojos rasgados. Sus graciosos e inexpertos primeros pasitos. Su primer chichón. Su prematura madurez y su precoz fe en el mañana... El candor de la mirada de Juliusz. Sus esmeraldinos ojitos verdes al despertar. La suave textura de su piel. Su lechosa carita llenándose de vida libando con ímpetu el maná de los saturados pechos de Kasia. La curiosa preferencia que manifestaba por mi hombro a la hora de vomitar la leche sobrante. Su infinita imaginación. Su mirada de pillo. Su, su, su...

Momentos que, por desgracia, subsisten tan sólo en mi cerebro. Hubiera dado sin dudar lo único de lo que disponía: mi vida y unos modestos ahorros, que mantiene a buen recaudo un amigo íntimo de la familia, por poder disfrutar un día más, para vivirlo con la mayor intensidad en compañía de esas tres maravillo-

sas personas que me habían extirpado y que nutrían de sentido mi vida.

Por muy cruel que pueda parecer, en aquellos momentos, anhelaba que Kasia y Milena estuviesen también muertas. Como Juliusz. De esta guisa, al menos para ellas, terminaría el suplicio. ¡Cómo me gustaría poder creer en ese Paraíso Celestial que predicán los cristianos! Sería un lugar de descanso eterno idóneo, a la vez que justo. Pero, francamente, me sigue pareciendo no más que una utopía.

Mis creencias religiosas, ya de por sí poco sólidas, se resquebrajaban augurando su inminente derrumbamiento. No puedo creer que Él consienta esta barbarie, no es digno de su supuesta magnanimidad. Según el Antiguo Testamento, Yahvé, intervino infinidad de veces en los asuntos de los humanos. Frecuentemente con severísimos castigos impropios de un ser al que se le presupone todo benevolencia y bondad. Entonces, ¿por qué demonios no toma cartas en el asunto de una vez ante las atrocidades que están cometiendo los nazis?

Para mí, un ser que no ofrece respuestas, no existe. Ciertamente, ni la religión, ni los dogmas, ni la fe en el Altísimo me proporcionaron nunca alivio en tiempos de penuria. Que yo sepa, Dios jamás me ha

tendido la mano en los peores momentos, no ha estado para cuidarme cuando enfermaba, para ayudarme a dar con la salida de las vastas planicies de la pobreza. Ese consuelo, tan útil como necesario, siempre lo he hallado en lo tangible, en lo inmediato. En mi esposa e hijos, en los buenos amigos que, por suerte, me jacto de tener y en la firme convicción que, con esfuerzo, tenacidad, honradez y tesón no es necesario creer en un dios benefactor.

Toda esta estéril disertación, me ha traído a la memoria las palabras de un gran amigo de mi padre, y mío por extensión. Le conocí en el invierno de 1938 que vino a pasar unos meses a Varsovia a consecuencia de las hostilidades a las que eran sometidas los rojos en su país durante la guerra civil. El interfecto, español para más datos y, por desgracia ya fallecido, me decía sin pizca de maldad y con esa gracia que caracteriza a los españoles más sureños:

-La religión, Józef, es para los cobardes, para los débiles de espíritu. Es el colchón en que amortiguan sus batacazos. Los dioses, pertenecen a la mitología y créeme si te digo que, ni los que escribieron la mitología, ni sus dioses, te van a sacar las castañas del fuego cuando más lo necesites.

Analizando estas palabras varios años después de pronunciadas y dejando de lado su campechana ironía, me parecen todavía más sabias de lo que las creía.

Cuánta razón tenía don Ernesto Soldevilla.
¡Cuánta razón!

Las estoicas jornadas transcurrían con extrema lentitud en su monótono y perenne declive. Últimamente, notaba una extraña sensación totalmente desconocida, que me corroía las entrañas. Cada vez con mayor asiduidad, meditaba la opción del suicidio. Una huída rápida y por la puerta de atrás que se me antojaba tan sencilla como cobarde. Pero, no pude. No fui capaz. Sin embargo, ¡resultaba tan tentador! Acabar de una vez por todas con la vil pesadilla en que se había convertido mi vida.

Mi estado físico había ido empeorando a pasos agigantados. La bronquitis, también. Diariamente, sufría con mayor rigor severos accesos de una tos seca y casajosa que, con frecuencia, moría en virulentas expectoraciones teñidas en sangre. Las mil y una caras de la malaria, del tifus, la disentería, la tuberculosis, la sarna, así como el miedo a contraerlas de los pocos que todavía quedaban sanos, era claramente ostensible en los insalubres barracones.

Cada día que pasaba iban en aumento los que eran conducidos a las cámaras de gas auspiciados por lo avanzado de sus enfermedades. Incluso el que se producía una herida leve, o un corte de cierta impor-

tancia, que en anteriores circunstancias hubiese sido sanado y reintegrado inmediatamente al trabajo, era llevado en el acto a las cámaras gaseadoras, o bien, fusilado.

No sé de dónde continuaba sacando yo las pocas fuerzas que me permitían no decaer, pero no me di por vencido. Seguí transportando y amontonando ladrillos, picando, cavando o haciendo cemento sin desfallecer. Algunos de mis compañeros más allegados me manifestaron sin tapujos, y en no pocas ocasiones, su sorpresa al comprobar el aguante del que hacía gala pese a mi enfermizo aspecto. Esto, me confirió aún más fuerza, si cabe. Carente de otros acicates a los que aferrarme para mantener las pocas ganas de vivir que me quedaban, apelé al orgullo, que es lo último que debe perderse. Podría decirse que lo que me mantenía todavía con vida no eran más que mi pundonor y mi infinita capacidad de odiar. Nada más. Bueno sí, los recuerdos.

Un día, durante mi tercera semana de estancia en Auschwitz, si la memoria no me falla, conocí a Misha Szweda, miembro de un *Sonderkommando*¹⁰. Admito

¹⁰ Unidades especiales formadas principalmente por judíos encargadas de incinerar los cuerpos de los gaseados. El cumplimiento de esta tarea les proporcionaba 4 meses más de vida.

que, en un primer momento, al describirme todo lo concerniente a sus funciones en el campo, me resultó de lo más inmoral. Pero, no se lo puedo reprochar. No soy quién. Entre los ruines muros de Auschwitz, cada cual escoge la estrategia para mantenerse con vida la mayor cantidad de tiempo posible. Y, cuando lo que está en juego es la vida de uno mismo, vale casi todo.

El cometido de los *Sonderkommandos*, se reducía a recoger los cadáveres de los fusilados y los ajusticiados en las cámaras de gas y conducirlos a los hornos crematorios en carretillas rebosantes de cuerpos. Y proceder con su incineración. ¡A su propia gente! A título personal: preferiría estar muerto. Misha, me contó que dos días antes, mientras se encargaba de recoger los cadáveres del último gaseamiento, entre la masa informe de cuerpos reconoció el de su mujer. Con sumo cariño, la recogió del resbaladizo pavimento de la cámara, estampó un cándido beso en sus mórbidos labios y la depositó con ternura sobre los demás cuerpos que llenaban la carretilla, entre los que distinguió también a un buen amigo suyo y a un familiar lejano por parte de madre. Y él mismo, se encargó de introducirlos en la caldera.

¡¡Dios santo!! Es francamente estremecedor. Hay que tener sangre fría a raudales, pero... ¿cómo logrará aguantarlo? Probablemente, se encomiende a la ilimitada magnanimidad de Dios para que le conceda el perdón divino. O quizá, simplemente, prefiera cumplir

él mismo con los compromisos mortuorios de sus familiares y allegados, para así poder disfrutar éstos de una cierta intimidad que, de otra manera, resultaría del todo imposible.

¡Quién sabe cómo actuar cuando en el mundo impera la ley de la Locura! Pese a que no comparto la forma que han elegido para alargar sus vidas, no se lo puedo reprochar, tienen derecho a escoger lo que consideren más oportuno para sus intereses. Además, tampoco hacen daño a nadie ya que, a fin de cuentas, lo único que hacen es encomendarse del urgente y necesario reciclaje de los cadáveres que, debido a su descomunal número, se habían convertido en un auténtico problema para las autoridades del campo. Otra cosa bien distinta, es la cuestión de la moralidad. Pero no entraré en esa tesitura. Es algo íntimo y personal.

Cada día que pasaba, el número de inquilinos de Auschwitz se veía severamente mermado. Pero no dejaba de ser un dato meramente anecdótico, ya que la llegada de nuevos residentes seguía la misma línea ascendente que la de bajas. Para cuando concluyese la construcción del necesario complejo de Birkenau que, por aquellas fechas estaba ya en las postrimerías, y funcionase a pleno rendimiento, este número se podría multiplicar por diez, quince o... ¡quién sabe!

El objetivo final parecía ser convertir Auschwitz-Birkenau en la mayor y más eficiente industria productora de cadáveres de toda la Historia de la Humanidad. Un ruin y demoníaco artificio de ingeniería nazi para exterminar judíos en masa. Quiera la diosa Fortuna que estos insensatos incurran en algún desliz imprevisto que permita conocer a generaciones venideras lo atroz de sus cometidos.

Como he dicho con anterioridad, el trasiego de convoyes ferroviarios con nuevos reclusos era constante. Un perpetuo ir y venir. Día y noche. Noche y día. Los novatos, pese que a primera vista se revelaban también harto enclenques, a nuestro lado parecían estar de muy buen año. Este aspecto me suministró nuevas esperanzas, puesto que también estarían algo más sanos y fuertes que los que llevamos aquí ya varias semanas, siendo, por consiguiente, más válidos para el trabajo que cualquiera de nosotros. ¡Ansiaba tanto que llegara mi final! Esta fijación me mortificaba cada vez con mayor asiduidad, es más, se me presentaba como la única escapatoria viable. Pero... ¿cómo?

En la relativa calma de mis insomnes noches me devanaba los sesos en pos de respuestas a mis incontables preguntas. A los porqués de todo este horror. Tras ar-

dua reflexión, hallé las causas, pero no las soluciones. Ni los porqués.

Mi amada Polonia se vio involucrada en una absurda guerra imperialista provocada por un estrafalario tirano austriaco, de nombre Adolf Hitler. Un enfermo megalómano con el objetivo de borrar del mapa toda una mal llamada raza, sólo por considerarla causante de todos y cada uno de los problemas, habidos y por haber, sobre la faz de la Tierra. Hitler, tenía atado y bien atado, desde mucho tiempo atrás, el asunto de la invasión de mi país. Es más, era una posibilidad observada, y digamos que casi asumida, por el resto de la Sociedad de Naciones. ¡Cuánta hipocresía!

Hitler, ya había dejado asomar con anterioridad sus delirios imperialistas cuando invadió la región desmilitarizada del Rin en 1936, al anexionarse su Austria natal en marzo del 38, al ocupar la región de los Sudetes en octubre del mismo año y tras conquistar y anexionarse también Checoslovaquia, tan sólo seis meses antes de invadir Polonia. Desde su truculenta llegada al poder, Hitler, ambicionaba recuperar el corredor de Danzig, una franja de territorio que se extendía a lo largo del Vístula hasta el Mar Báltico, que había sido otorgado a Polonia tras la rúbrica del polémico Tratado de Versalles. Por consiguiente, la invasión alemana de la parte occidental de Polonia era algo, digamos que previsible. Lo que no imaginábamos, ni en nuestras hipótesis más pesimistas, era la in-

trusión por la zona oriental del país, pocos días después, de las hordas bolcheviques del camarada Stalin.

Nadie en su sano juicio hubiese augurado una invasión a dos bandas.

Mientras las tropas alemanas dejaban a su paso constancia de su habitual brutalidad, las huestes soviéticas manifestaban con creces su delirante iconoclasia. Quemaban y expoliaban cuantas iglesias, o edificios con motivos religiosos, hallaban a su paso. Así como: museos, bibliotecas, obras de arte, edificios gubernamentales, establecimientos, casas y, evidentemente, personas. Millares de almas convertidas en víctimas inocentes de la ira, tanto germana como soviética. Nazis y bolcheviques arrasaban pueblos enteros, mataban a sus gentes y se apoderaban de todas sus pertenencias, o bien, las destruían. Y todo, por la fatal ambición de dos tiranos genocidas de hacerse con el control de una pieza básica en su malsana estrategia por conseguir el dominio del viejo continente.

Lo mejor del caso, o lo peor, según se mire, al menos lo más vergonzante, fue observar como el resto del mundo permaneció impasible ante tamaña barbarie. Francia y el Reino Unido, así como una extensa serie de países entre los que citaré Yugoslavia, Finlandia y Rumania, estaban ligados a mi país por un tratado de defensa mutua en un hipotético caso de guerra. En cambio, no movieron ni un dedo para impedir, o disuadir, la invasión nazi. Mi país, no es un país rico. Ni

económicamente, ni en materias primas, ni en Defensa. Polonia es, y ha sido siempre, un país agrícola de gente humilde y trabajadora. No es un país por el que merezca la pena plantar cara al arrollador régimen nazi.

¿Y qué hizo la endeble Sociedad de Naciones? Nada, cruzarse de brazos y contemplar impasibles como el ejército alemán consumaba la rápida invasión de la débil Polonia. Lo más preocupante, fue percibir el miedo de dos naciones punteras y poderosas como Francia y el Reino Unido ante la amenaza nazi. Tampoco se les pedía tanto, sólo que hiciesen respetar la legislación y los acuerdos vigentes.

No hay que olvidar que, en 1932, Polonia había firmado un pacto tácito de no agresión con la Unión Soviética. Dos años después, en el 34, con los nazis ya en el poder, mi país rubricaba un pacto de similares características con Alemania, con una validez limitada de diez años. Hitler sólo lo respetaría durante cinco. El veintitrés de agosto de 1939, Alemania y la URSS, ante la incredulidad de propios y extraños, rubricaban también un pacto mutuo de no agresión. Era el único cabo suelto que le quedaba a Hitler para reemprender su victorioso avance imperialista. Su eslabón perdido. Sólo ocho días después, el uno de septiembre, el estéril acuerdo de no agresión que unía a Polonia y Alemania se convirtió en papel mojado cuando el todopoderoso ejército alemán, superior en todos los frentes a su

débil oponente, entró como una apisonadora en territorio polaco.

El diez de septiembre ya se habían hecho con la capital, Varsovia, y medio país se encontraba en ruinas. Y la otra mitad en llamas. Tan sólo siete días más tarde, el diecisiete, se unían a la salvaje bacanal las hordas soviéticas, invadiendo la parte oriental del país. En poco más de dos semanas, la efectiva *blitzkrieg*¹¹ de Hitler y la contraofensiva soviética tenían a su merced, herida de muerte y esperando el tiro de gracia, a mi querida Polonia. En la zona de dominio alemán, el exterminio masivo y la quema de pueblos se sucedían sin descanso. A su vez, en la parte soviética del país, comenzaron las deportaciones en masa a la lejana Siberia y los asesinatos colectivos indiscriminados. Dos inmensas y voraces ratas de alcantarilla que se merendaron Polonia en una sentada. Y que, tras la tímida resistencia y posterior rendición del obsoleto ejército de mi país, seccionaron a partes iguales el codiciado territorio y se lo repartieron como dos buenos aliados. ¡Cuánta hipocresía!

Menos de dos años después, al amanecer del veintidós de junio de 1941, Adolf Hitler, tirando de los hilos de Alemania, ejecutaba las primeras directrices de la denominada Operación Barbarroja e invadía la todopoderosa Unión Soviética del camarada Stalin, pa-

¹¹ Guerra relámpago

sándose por el forro, ¡como siempre!, la legislación internacional vigente y todos y cada uno de los acuerdos suscritos. La sorprendente noticia fue recibida por la opinión pública mundial con gran estupefacción. Nadie daba crédito a la increíble osadía del dirigente nazi.

Hitler emprendía, con decisión y sin ningún tapujo, el arduo camino hacia el dominio del planeta Tierra. Quizá, emulando a alguno de sus inspiradores.

Acotación retrospectiva: Ciento veintinueve años antes, insólitamente también un veintidós de junio, otro lunático imperialista, Napoleón Bonaparte, emprendía idéntica empresa contra idéntico destinatario. Entonces, Rusia resultó triunfal.

Mientras escribo estas líneas, puedo garantizar que, como le sucediese a Napoleón casi siglo y medio atrás, a Hitler también se le ha atragantado el Imperio Ruso¹². En concreto, Stalingrado. Resulta evidente que Hitler no ha jugado bien sus cartas. Le ha traicionado la codicia. Su principal error: empeñarse en acometer tres frentes distintos a la vez, desoyendo los consejos de sus experimentados generales, con la intención de finiquitar la invasión antes de la llegada del gélido in-

¹² En la narración, Józef Belov no ha llegado todavía a las fechas y acontecimientos que cita, pero se refiere a ellos gracias a que el diario está escrito a posteriori, siendo conocedor entonces, merced a un personaje que saldrá más adelante, del devenir de los sucesos que alude.

vierno ruso, Con esto, lo único que ha conseguido ha sido estancarse en todos los frentes, abrir muchas puertas sin cerrar ninguna.

A día de hoy, mientras golpeo con fuerza las teclas de esta desvencijada máquina, es el ejército soviético el que está en puertas de hacerse con el dominio del territorio alemán y no a la inversa. Cuanto menos curioso, ¿no?

¿Hitler vencido por Hitler? La sospechosa coincidencia en la elección de la fecha... ¿fue simple casualidad, o acaso arrogancia de Hitler al intentar triunfar allí donde su venerado Napoleón hallara su más dolorosa derrota? ¡Qué más da! En manos de los políticos, el mundo se dirige irremisiblemente hacia su ocaso. Políticos dementes que se rifan el mundo con total impunidad en un macabro juego de mesa en el que los territorios y los estados, así como los que los poblamos, no somos más que casillas y piezas de un tablero rivalizado por dos adversarios ávidos de poder y delirios de grandeza.

Parece incuestionable que, sin duda, hay algo en los humanos que falla, ya que esto ha sido una constante durante toda nuestra existencia. Desde sus albores, el ser humano ha morado siempre por el planeta en constante guerra contra sí mismo. La avaricia, la codicia y la insensatez, se han convertido en inherentes compañeras de viaje durante su efímera trayectoria por el curso de la Historia. La xenofobia y el imperia-

lismo más feroz han acabado siempre imponiéndose al filantrópico amor al prójimo y la ausencia de fronteras. Los humanos tuvimos, tenemos y seguiremos teniendo, la execrable manía de asentarnos en una tierra que no nos pertenece, apropiarnos de todas sus riquezas y patrimonios e instaurar allí nuestras propias leyes y costumbres sin respetar en absoluto las de los nativos, a los cuales, por cierto, sometemos a expolio, torturamos e incluso asesinamos. ¡¡¡¿Por qué?!!!

Por todo esto, ansío con toda mi alma que se detenga mi reloj biológico. Que las manecillas que gobiernan el tiempo que me ha sido concedido, se detengan y den por concluida mi desdichada participación en el gran Teatro de la Vida. Si no se pueden consumir mis modestas pretensiones, prefiero retirarme de la partida antes que termine. Al parecer, alguien ha cambiado las normas del juego y, éstas, no me son muy favorables que digamos. ¡Paren el tren, que yo me bajo! Por desgracia, no es tan sencillo. Los que deciden cómo, cuando y dónde se acaba la partida, son ellos.

Si se me puede acusar de algo, que lo dudo, creo haber pagado por ello más que con creces. Lo único que reivindico, es poder descansar tranquilo de una vez por todas y reunirme con los míos por el resto de la eternidad. Y observar, si es que ello es posible, como el mundo se derrumba. Cómo acaba con él y lo devora la que estaba llamada a ser sin duda su mejor especie,

la raza dominante. La única racional. El arma que, supuestamente, nos debiera haber hecho superiores.

Capítulo 7

EL SUEÑO



Los días mueren despacio. Mi recuperación es rápida, pero mis recuerdos se niegan a aflorar. No quieren volver a mí para decirme quién soy, de dónde vengo, y si en ese dónde, hay alguien que me añore. Pero, últimamente, todo esto parece haberme dejado de importar. ¡Es tan agradable la compañía de Hermann! ¡Es tan generoso, atento y comprensivo conmigo! Temo estar enamorándome perdidamente de él.

Aunque, debo esforzarme por reprimir mis sentimientos. No creo sensato entrar a hurtadillas en la senda del amor de la mano de Hermann, sin antes averiguar quién era yo antes de abrir los ojos en su habitación de invitados. No sería justo para ese alguien, o esos, que pudieran estar esperándome. No sería honesta ni conmigo, ni con él, o ellos, ni tan siquiera con Hermann. Pero, es

tan tedioso y desmoralizante no recordar absolutamente nada de mi vida anterior. Y mira que me esfuerzo y lo intento, y lo vuelvo a intentar, pero... nada, ¡no hay manera!

Hermann tiene treinta y ocho años. Es un campesino alemán de humildes costumbres y pocas pretensiones. Le he oído decir en más de una ocasión que, con salud y buenas cosechas, se conforma, y aún le sobra. Me parece un deseo muy digno.

Hermann no es un hombre ni muy culto, ni muy inteligente, ni muy nada... pero no tiene un pelo de tonto. Su lenguaje es sencillo, aunque su imaginación no conoce límites. Hermann, es viudo. A su mujer, se la llevó un cáncer que la consumió en cuestión de semanas, y con ella, se fue también el fruto que crecía en su vientre. Eso fue, utilizando las propias palabras de Hermann, “hace ya demasiado tiempo”, lo cual, no sé si será mucho.

La mayoría de sus amigos, más bien escasos, pertenecen al reino animal, según él, porque son mucho más agradecidos. Me parece un soñador solitario que acata su destino con una mezcla de resignación y orgullo. Resumiendo, Hermann es, sin lugar a dudas, un buen hombre.

Hermann, me dijo ayer que llevo ya dos semanas aquí. Se le ve muy contento por este motivo. En cambio para mí no significó mucho, ya que aún no asimilo muy bien el concepto “tiempo”. Hermann me tranquilizó diciendo que tuviese paciencia, que todo llegaría. Lo cierto

es que hemos avanzado bastante. De un tiempo a esta parte, aunque a trompicones, y con grandes dificultades, consigo balbucear bastantes palabras y algunas frases sencillas. Y, por supuesto, todo se lo debo a Hermann y su infinita paciencia.

Como Hermann no es un hombre culturalmente muy cultivado, y consideraba importante para mi recuperación que yo aprendiera a leer, independientemente de si en mi anterior vida sabía o no, sólo ha podido utilizar para tal menester el único libro de texto que tiene en su casa, y eso porque, según me dijo la primera vez que lo sacó, no tenerlo era casi un pecado. No entendí muy bien que quería decir. El título del libro es “Mein Kampf”, y su autor, un tal Adolf Hitler. Ni el uno, ni lo otro, me suenan de nada, no despiertan en mí nada de mi arcano pasado. Quién sabe, quizá no sea un escritor muy conocido...

La linda casita en la que vive Hermann está ubicada en lo alto de una colina, desde la que se divisa un espléndida panorámica de una pequeña localidad de la que nunca logro recordar su nombre, pero que pertenece al land de Brandemburgo. Eso sí lo recuerdo, ya que Hermann lo ha repetido en varias ocasiones. Yo, en cambio, aún no sé ni mi nacionalidad. Aunque, a comienzos de semana, Hermann me dijo que mi acento sin duda no es germano y que, pese a no ser muy bueno en eso de los acentos, le parecía del Este. Ignoro si eso debiera haber refrescado mi memoria, pero, lo cierto es, que me quedé igual.

-Buenos días, ¿qué tal has dormido hoy? -Hermann acaba de entrar en la habitación portando el desayuno en una bandeja que deja en la mesilla. Y la cabeza, cómo va... ¿aún te duele? -pregunta mostrando preocupación.

-Un po... po...poco, gra...gracias -recién levantada me cuesta más articular las palabras que de costumbre-. Ti...tiene muy buen aspec... aspecto, Hermann -le digo con mis ojos posados sobre el contenido de la bandeja.

-Pues mejor sabrá...

-Es... esta no...noche he te, he te, he tenido un sue... sueño.

-¿De verdad? ¡Cuéntamelo! -me urge.

Se le ve intrigado. Él también ansía con todas sus ganas que yo recuerde.

-No... no sé si sa...sabré.

-Tranquila Eva, yo te ayudaré.

Como cuando Hermann me encontró medio muerta en los campos colindantes a su casa no llevaba encima ningún documento que me acreditara, Hermann ha decidido, por el momento, llamarme Eva, como su difunta madre. Me parece un nombre de lo más bonito.

-To...todo esta...estaba muy oscuro. Creo que, que estaba ence...encerrada den...dentro de, de... una especie de caja de ma...ma...madera.

-Bien, vas muy bien, relájate y prosigue.

-Te...tenía mucho, mie...miedo. La ca...caja se, se mo... movía mu... mucho.

-¿Tenías miedo porque la caja se movía?

-No.

-¿Entonces?

-No...no, no lo sé. Sim... simplemente te... tenía miedo. -ojalá pudiese leerme la mente, al menos ahí, mis explicaciones son un poco más esclarecedoras.

-¿Qué más?

-Una niña pe... pequeña me abra...abrazaba con fuerza. Ella tam...también tenía mu...mucho miedo. Y los demás tam... también.

-¿Los demás? ¿Había más gente en la caja?

-Sss... sí. Mu... mu... muchos más.

-¿Muchos?

-Mu...muchi... muchísimas.

-¿Muchísimas? ¿Eran todo mujeres?

-Sí.

-¿Y qué hacían?

-Na...nada. Sólo tenían mie...miedo.

-No lo entiendo. ¿Qué más?

-Nada más.

-¿Es todo cuanto recuerdas? ¿Seguro que no hay nada más?

-Seg...seguro.

-Está bien. A ver si con eso podemos sacar algo en claro. ¿Cómo era la caja?

-No ss...sé, peq... pequeña. Y oscura.

-Era pequeña, simplemente porque lo era, o bien, te dio la impresión de que era pequeña porque había mucha gente encerrada en ella...

-No lo, no lo sé. Lo único que, que, que ten...tengo claro es que te...tenía mucho mie...miedo. Co...como si algo muy ma...malo me fue...fuer...fuera a pasar.

-Y dices que la caja se movía.

-Sí.

-¿Porque la movían, o se movía sola?

-Nnn...no lo, lo sé. Pero creo que, que, que se movía so...sol...sola.

-No entiendo nada de nada, Eva. ¿Para tí significa algo?

-Cre...creo que, que, que no.

-Y la niña, ¿la conoces?

-No. No me su...sue...suenan de na...nada.

-¿Quieres comer? -me dice con amplia sonrisa, como restándole importancia a mi notorio desencanto-. Se te van a enfriar las tortitas.

-Cla...claro que quiero.

Me coloca con cautela la bandeja sobre las piernas. Por un instante, tengo su cara tan cerca que me muero por besar sus labios, pero no creo que hiciese lo correcto. En cambio, acepto gustosa las succulentas tortitas que me ha preparado.

Los feos visillos están corridos y por la ventana entra un sol radiante. De repente, a través de la ventana veo algo que llama poderosamente mi atención. Se lo hago saber a Hermann con un inequívoco gesto de mi mano. Él se gira y mira hacia donde le indico.

-La ca...la ca...caja de mi, mi sueño... era co...como un...una de esas.

Me mira extrañado.

-Eva... ¿Estás segura?

-Sss...sí. ¿Por...por...por qué, tan ra...raro es?

-Un poco.

-¿Por?

-Porque eso que ves ahí, es un tren para el transporte de ganado.

Capítulo 8

TERRIBLES PARADOJAS



Una fría, aunque soleada, mañana de finales de abril, durante mi sexta semana de reclusión en este lugar de muerte, decidí acabar con mi atribulado deambular por el mundo de una vez por todas. No podía soportar por más tiempo la ausencia de mi añorada Kasia y los niños, ni tanta ignominia, incertidumbre y dolor. La solución había estado frente a mis narices desde el principio, sin embargo, había sido incapaz de hallarla. No era necesario el suicidio. O, dicho de otra manera, no sería preciso que el autor material de mi propia muerte fuese yo mismo, tan sólo era menester hacerles creer que mi estado de salud, tanto mental como física, no era el más oportuno para continuar cumpliendo con mis funciones en la construc-

ción del urgido campo de exterminio. Pero no todo resultó tan sencillo.

Tras un escueto reconocimiento, el inflexible equipo médico diagnosticó que mi estado físico y mental era mejor de lo que pretendía aparentar. Lo más normal en tales circunstancias, es que mi injuriosa osadía al pretender engañarles hubiese resultado motivo más que suficiente para ver satisfechas mis aspiraciones de muerte. Lo lógico, es que me hubiesen trasladado inmediatamente al paredón. Pero, como son tan maquiavélicos, decidieron no complacer mis anhelos con tanta prontitud.

Tras conocer el diagnóstico médico, el militar al mando, un despreciable personaje de rostro macilento y enjuto, ojillos de gorrión y el finísimo labio superior parapetado bajo un absurdo bigote muy en consonancia con los gustos del *Führer* y que, por cierto, tenía de ario lo que yo de latino... resolvió, ostentando grandes dosis de cinismo, aplicarme un severo correctivo.

Últimamente, los fusilamientos masivos habían disminuido de forma drástica en Auschwitz, lo que dio paso a un extensísimo elenco de castigos.

En definitiva, el repulsivo individuo del labio minúsculo, me impuso lo que en Auschwitz llamaban Compañía Penitenciaria. Tras este eufemismo se escondía uno de sus múltiples escarmientos que, en síntesis, venía a consistir en la privación total y absoluta de alimento mientras lo estimasen oportuno, inconta-

bles palizas a cargo de los *Camisas Negras*, así como la asignación de los trabajos más duros y la obligación de realizar a paso ligero todos los trayectos del día, que eran muchísimos. Dicho castigo tenía validez durante todos los días de la semana, inclusive una vez terminada la jornada y las tardes de domingo. A grandes rasgos, eso es a lo que llamaban Compañía Penitenciara, o dicho de otro modo, muerte por extenuación.

Fue un auténtico calvario. No me permitían desfallecer. Si, llegado el caso, me desplomaba, víctima del letal cóctel compuesto por el calor, el agotamiento y la inanición, los solícitos guardias me ayudaban a reincorporarme y, ¡vuelta a empezar! Si oponía la menor resistencia, me negaba a continuar trabajando o mi paso ligero no era lo suficientemente ligero, no me daban el gustazo de molerme a palos hasta la muerte, pues daban por supuesto que justamente eso era lo que yo deseaba...

Y pasaron los días. Cumplí con esa humillante condena durante dos largas semanas que se me antojaron eones. Tras esos insufribles catorce días, tuvieron la gran deferencia de regalarme tres milagrosos días de descanso en la enfermería. Se podría decir que me fue concedida una tregua transitoria, un armisticio temporal a mi tormento. Además, durante esos tres días comí gloria bendita. Y en abundancia. ¡Increíble! Pero, como era de prever, todo retornó a la normalidad al acabar mi periodo de convalecencia en la en-

fermería. Ciertamente, tras tres revitalizantes días de descanso exclusivo y de una alimentación saludable se queda uno, si no nuevo, sí bastante restablecido. Por lo que, el primer día de trabajos forzados en Birkenau, aunque duro, se me hizo incluso hasta llevadero. Eso sí, por la noche caí rendido al camastro, lo cual, no quiere decir que durmiese como un lirón. Por desgracia, nada más lejos de la realidad. Simplemente, caí rendido.

Al albor de la siguiente mañana, poco después del toque de diana, los tenaces soldados de las SS irrumpieron en el barracón, porras en ristre y, con su habitual vehemencia, nos obligaron a formar. Tocaba revista de camas. Por suerte, ese día, me había esmerado más de lo acostumbrado al hacerla, ¡incluso el embozo me había quedado impecable! Presumí que no me iban a poder sancionar por ese motivo.

Y me confié. Adujeron que mi cama, si es que así merece llamársela, no estaba perfecta, que la funda que cubría el saco de paja, tenía algunas arrugas. Lo cual, no dejaba de ser cierto. Pero es que, a causa del basto material del que estaba elaborada la puñetera funda, era físicamente imposible dejarla lisa por completo, y eso, ellos lo sabían más que de sobras. Veredicto: Condenado a permanecer quince horas de pie.

Pese que a priori pueda parecer una pena leve, no se la deseo a nadie. Dicho castigo, se consumaba en unas celdas especiales de poco más de un metro cuadrado, erigidas esencialmente para tal efecto, en las que al reo, le era totalmente imposible permanecer de otra manera que no fuese de pie.

Lo que puedo atestiguar, es que esas dieciséis agónicas horas, además de físicamente agotadoras, resultaron psicológicamente espeluznantes. Aquella noche, al salir de la curiosa celda y ser arrojado como un perro a la relativa comodidad del barracón y de mi duro camastro, sí que dormí como un lirón.

El siguiente día fue infernal. Pese a mi extrema escualidez e, ignorando por completo el castigo al que me habían sometido el día anterior, volvieron a otorgarme una de las peores y más duras tareas del campo: cargar ladrillos.

Durante horas y horas, cargué sobre mi deteriorada espalda centenares de pesados capazos llenos de ladrillos recién hechos. Ladrillos empleados para erigir las descomunales chimeneas de las que, la mayoría, no tardaríamos mucho en emerger transformados en un hediondo y obscuro humo negro.

Y, por si fuera poco, la jodida lluvia. ¡Qué manera de llover la de aquel día! Jamás vi nada igual.

Y las horas se hicieron lustros.

Me sentía agotado hasta límites insospechados. Tras más de doce horas de jornada, soportando los severos rigores del aguacero y del puñado de capazos acarreados, arrastré los pies por el barrizal en dirección al barracón de las duchas bajo un tupido manto de lluvia. Me dolían terriblemente los riñones.

Caí al suelo en innumerables ocasiones. Mas, esta vez, nadie me ayudó.

Ni los SS, que insólitamente optaron por mantenerse al margen, así como ninguno de mis compañeros, sabedores de lo que les esperaba en caso de hacerlo, que seguían caminando con la congoja acuartelada en lo más hondo de sus miradas.

Me sentí impotente, grotesco y, en cierto modo, culpable. Por estar ahí, aguantando mecha. Por no mirar de cambiar mi sino. Por carecer del valor necesario para fugarme y remover cielo tierra hasta dar con mis dos princesas.

Por no ser capaz de suicidarme.

Una y mil veces me levanté, lo que indica el número de las veces que caí. Pero, una de las veces, sí hubo alguien que se ofreció a ayudarme. Alguien, al que en un primer momento no puede ver, me cogió

por las axilas y me aupó. Ya en pie, aunque tambaleante y con el sentido del equilibrio en muy precaria situación, pude ver el rostro de mi benefactor. Era un semblante de atractivas formas, barbilampiño y anguloso, de mirada dulce y sincera escudada tras unas gafas de concha redondas. Era la cara de un joven al que, aunque con toda seguridad no había alcanzado aún la edad adulta, se le intuían grandes dosis de valentía y madurez.

Ni tan siquiera tuve tiempo de darle las gracias.

Tras un súbito estampido y el penetrante silbido de un pequeño objeto que rozó mi oreja, las rodillas de mi joven bienhechor se doblaron como si fuesen de plastilina y cayó inerte al barro. En el centro exacto de su frente, se dibujó con gran rapidez un pequeño orificio con los bordes ennegrecidos del que manaba un fino hilillo escarlata.

Durante breves instantes, observé horrorizado el inerte cuerpo del joven.

El verdugo del muchacho, un orondo zampabollos de gorrináceas facciones, se acercó muy lentamente hacia mí y me dijo con sumo desprecio:

-Esta muerte pesará eternamente sobre tu conciencia, sucio judío. Aquí y ahora, una escoria murió por ayudar a otra escoria. Tiene su gracia ¿no crees?

Se giró y dirigió sus pesados pasos al barracón de las duchas, silbando una melodía que, sin conocer, se me antojó claramente ofensiva. Caí al barro genufle-

xo, subyugado y lloroso. Quería morir... ¡pero no me dejaban! Me derrumbé cuán largo era sobre el fango y mi impotencia se transformó en llanto.

Una vez en las duchas, desnudo entre centenares de mis compatriotas, observé con ansiedad creciente hacia el techo en busca de los surtidores con la firme esperanza que de ellos brotase el letal *Zyklon B* y no agua.

Así se lo hice saber a Dios. Pero él, como siempre, no me concedió dicho beneplácito.

Resignado a mi suerte, y mucho más limpio, salí de las duchas. Una hora de tiempo libre y pasarían revista de ropa y calzado.

Transcurrido ese intervalo, estando todos formados frente a los nichos del barracón, al llegar mi turno, fui castigado por el tipejo de ridículo bigote por tener, según su criterio, los zapatos poco limpios.

De nuevo, discrepo fehacientemente y sé que no me falta la razón.

En cambio, el agente alegó entrever ligeros restos de barro, por completo inexistentes, sobre la puntera y el tacón de una de mis raídas botas.

Dos soldados, que se me antojaron autómatas, me condujeron a la Estaca. Uno más de sus macabros y funestos juguetes. Llegamos a un patio de tierra donde se veían decenas de estacas de madera con forma de trípode invertido. No pude reprimir una cáustica sonrisa al comprobar que, la Estaca, parecía el símbolo de

la paz del revés, pero sin el círculo que lo envuelve. Cuanto menos paradójico, ¿no?

De cada estaca colgaban dos personas, una de cada listón diagonal del trípode. Resultaba una imagen dantesca. Sinceramente, no concibo las palabras adecuadas para definir con exactitud los sentimientos inmediatos que me produjo. Todas las estacas estaban ocupadas, salvo una, que conservaba libre una de sus plazas.

¡Qué suerte la mía!

Me ataron las manos a la espalda y me colgaron de allí durante horas. No sé cuantas, puesto que me desmayé cuando llevaba tan sólo unos minutos. Pero, poco antes de perder la consciencia, el otro inquilino de la estaca que desgarraba mis miembros me hizo una sencilla pregunta:

-¿Por qué?

Entre gruñidos de dolor logré balbucear:

-Zapatos demasiado sucios. Al menos, eso fue lo que dijeron.

Entonces, el hombre, al que no podía ver pues pendíamos de espaldas, estalló en una estentórea carcajada que devino en un severo ataque de tos seca.

-¿De qué te ríes? -le espeté, no sin cierta brusquedad.

-¿Adivinas por casualidad el motivo por el que ambos estamos colgados de esta jodida estaca? -me

preguntó con sarcasmo cuando logró restablecerse del violento acceso de tos-. ¿Eh?, ¡qué me dices!

-Soy todo oídos.

Concedió unos segundos al suspense, tras los que dijo con prosopopeya:

-Zapatos demasiado limpios -de nuevo tornó a carcajearse con estrépito-. Si tus zapatos están demasiado sucios, infringes las más básicas normas de limpieza. Si, por el contrario, están demasiado limpios, es que te has escaqueado de trabajar. Estos malditos nazis son eruditos de la ambigüedad y el doble rasero. Comprendes a qué me refiero, ¿verdad?, perdón... ¿cómo te llamas?

-Józef.

-Yo Imre, encantado. Entonces, ¿captas lo que te estoy insinuando, Józef? Que todo vale. Que el motivo es lo de menos con tal de exterminarnos.

Esas fueron las últimas palabras que pude oír antes de desvanecerme.

Cuando desperté, me hallaba tumbado sobre mi duro camastro, que, cada día, se me antojaba más como un féretro, que no como un lecho.

Me dolía hasta el alma.

Mis huesos, semejaban estiletes empeñados en desgarrar mis articulaciones. Yací durante horas, rígi-

do como una tabla añorando tiempos, lugares y personas pretéritos.

Certifico por experiencia propia que «la Estaca» es un castigo tan infrahumano, como increíblemente doloroso. Al no tocar con los pies en el suelo y llevar las manos atadas a la espalda y ser colgado de éstas, la posición resulta de lo más antinatural. Teniendo en cuenta el extremo estado de desnutrición en el que me hallaba, el dolor era inaudito, parecía que mis brazos se fuesen a descoyuntar en cualquier momento.

Durante tres largos días fui sometido a ese tormento, descansando sólo para comer y a la noche para dormir.

No concibo, y creo que ellos tampoco, como en mi estado, pude soportar tanto. Estaba terriblemente enclenque y enfermo. Por el contrario, no sucumbía ante sus persistentes castigos. Aguantaba y aguantaba. Quizá, por la vaga esperanza de reencontrarme algún día con mis dos princesas. Pero, no era más que la quimera de un desesperado, ya que parecía estar predestinado a no volver a verlas jamás. Sentenciado a vivir, cuando mi deseo era todo lo contrario.

Recuerdo que, de pequeño, cuando mi madre me veía afligido al no poder conseguir algo que ansiara con toda mi alma, me decía con esa vocecilla melosa y un tanto nasal, una frase a la que, de siempre, he recurrido en contextos análogos.

-Cuanto más ambiciones algo, Józef, más difícil te resultará conseguirlo.

Cuán cierto es. ¿Me estará castigando Dios por dudar su existencia? Lo dudo. Aunque no creo que tarde mucho en comprobarlo.

¿O sí?

Capítulo 9

INESPERADO REENCUENTRO



Pero las sorpresas no se habían acabado. Al contrario, no habían hecho más que comenzar. Una mañana, creo recordar que de la última semana de mayo, cuando la aurora aún no había acertado a despuntar y yo todavía deambulaba por el placentero mundo de lo onírico, dos SS me sacaron con brusquedad del catre, cargaron con mi cuerpo con insultante facilidad y me sacaron del infecto barracón.

Fuera, hacía un frío que pelaba. Diligentes, ambos soldados me condujeron hasta un solitario edificio cercano al patio de las estacas.

Una vez dentro, tras accionar uno de los soldados el conmutador oportuno en el cuadro ubicado junto a la puerta, destellaron decenas de fluorescentes que me revelaron una amplia y mugrienta sala que, a

tenor de los restos de sangre seca que la ornamentaban, tenía todo el aspecto de ser un recinto destinado a la tortura.

Se percibían con claridad los efluvios de la muerte y el terror. Al parecer, finalmente habían optado por dejar de joderme y me iban a conceder el mayor de mis anhelos: el Sueño Eterno.

Acarrearon conmigo hasta el centro de la sala y, una vez allí, me soltaron sobre el frío piso con una desconsideración que ya me resultaba del todo familiar. El impacto fue bestial. Todos y cada uno de mis huesos crujió lastimeramente de tal manera, que di por hecho que más de uno se habría roto. Charlando amistosamente como si tal cosa, los dos *Camisas Negras* se encaminaron lentamente hacia la puerta metálica y la traspasaron dejándome a solas con mi soledad.

De lo poco que alcancé a oír de su lacónica conversación, supuse que mi presencia allí se debía a que el nuevo *Sturmführer*¹³, necesitaba con urgencia un rato de diversión para aliviar tensiones. Mi cuerpo yacía destartalado en el frío suelo de blancas losetas. Las paredes, también de un blanco más bien difuso, le conferían a la estancia la apariencia de un siniestro quirófano en desuso, silencioso, maligno...

No me podía mover. Sólo conseguí reptar, o algo parecido. Mis miembros, no respondían a las órdenes

¹³Capitán

emitidas desde el cerebro y se negaban a continuar una lucha que parecía no tener visos de acabar nunca. El suelo estaba pegajoso, debido a una macabra mezcolanza de sangre, sudor, orines y otros jugos corporales que, por no herir sensibilidades, omitiré. Aunque, evidentemente, recientes.

Permanecí de esa guisa, boca abajo y sin poder moverme, durante varios minutos. Tendido sobre los fluidos de otros pobres desdichados que, seguramente, en su mayoría ya habían dicho adiós a este mundo, percibí una violenta sensación de repulsa aún ignota para mí. Una repugnancia extrema.

Tras esos inacabables preliminares, el agudo chirrido producido por la puerta me anunció que el nuevo *Sturmführer* acababa de entrar en la sala. Yo, por la posición en que me hallaba, no podía verle, me resultaba del todo imposible. Opté por esperar pacientemente a que fuera él quien se ofreciera a mostrar su rostro.

Pero nada sucedía.

Permaneció varios segundos sin moverse y en completo silencio bajo el quicio de la puerta. Seguramente, observándome. De repente, la cerró con tal violencia que dudo mucho que sus goznes saliesen ileso del envite. Al fin, pude oír sus pasos. Delataban arrogancia.

Supliqué a ese Dios “misericordioso” en el que cada día confiaba menos para que el semblante que es-

taba a punto de mostrármeme no fuese otro que el de mi verdugo. Eso sí, si como había oído decir antes a uno de los SS, lo que realmente necesitaba el *Sturmführer* era quemar adrenalina, conmigo no tenía ni para empezar. El altivo sonido de sus pasos me auguró su proximidad. El sepulcral silencio que se produjo a continuación confirmó su inmediatez.

Sin previo aviso, el tacón de su bota se tatuó en mi espalda. Me retorcí en el suelo como un animal herido.

No grité.

No quise darle esa satisfacción a una persona capaz de golpear a un desconocido, al que ni tan siquiera había osado mirar a la cara.

Quedé tumbado de lado, encorvado y con las manos en los riñones, apechugando como buenamente pude con el dolor. Pocos segundos más tarde, nuevamente en el momento más inesperado, fue la puntera de su bota la que impactó con monumental violencia contra mi estómago. Repitió dicha operación una, dos y hasta por tres veces más.

Percibí con claridad la efusión de la hemorragia interna. Entre sacudidas y arcadas, esputé al embaldosado un sanguinolento espumarajo mientras, para mis adentros, imploraba por reunirme cuanto antes con mis hijos y mi dulce Kasia. No sentía miedo, ni cobardía. Por no sentir, ya casi ni sentía dolor. Sólo animadversión hacia el ser humano, hacia ese cáncer que está

corroyendo el mundo que le sirve de morada. Así como unas ganas locas que el nuevo *Sturmführer* pudiese punto y final a mis miserias.

Pero, dejando de lado la batalla que se libraba en mi interior, y tras recobrar me de la brutal expectación, de cara para fuera, manifesté indiferencia absoluta. Considero que es el mejor pago con que se les puede obsequiar. No hay que olvidar que los que tienen la sartén por el mango son ellos y, la contienda, en vergonzosa desigualdad de condiciones, jamás puede ser justa.

Me gustaría verlos en una batalla con las fuerzas igualadas, a ver si mostraban tanta prepotencia y gallardía. Además, ¿qué se supone que debiéramos hacer? Lo único que conseguiríamos sería acelerar nuestro propio ocaso. En cambio, gracias a callar y obedecer, fueron muchos los que lograron salvar sus vidas y las de sus familias. Y con esto, no pretendo esbozar una justificación, me limito a relatar un hecho contrastado.

Escuché atentamente para tratar de determinar cual podía ser su próximo movimiento. Durante un largo rato sólo hallé silencio. Mi sorpresa fue mayúscula cuando, poco después, escuché como encendía una cerilla. ¿Qué se proponía? Por lo visto, sólo quería fumar un cigarrillo, ya que le oí expulsar el humo con delectación.

De repente, al bajar yo la guardia un poco, confiado en que no haría nada mientras estuviese fumando el pitillo, cogió uno de mis pies y estampó con firmeza la brasilla en el centro mismo de la planta.

Aullé como un lobo estepario.

A continuación, me plantó el tacón de su bota en la rabadilla para impedir que me diese la vuelta, cogió mi otro pie y repitió la operación. Recibió idéntica respuesta por mi parte. Lo más extraño, es que el muy bastardo no mostraba el más mínimo interés en ver mi cara, cuando ésta no era la práctica habitual.

Me encantaría que su conciencia no descansase tranquila nunca jamás.

Sentí como, por tercera vez, posaba sin amago de compasión la brasilla del cigarro sobre mi pie, perpetuándola esta vez durante unos interminables segundos.

Esta vez, aullé y gruñí como un perro rabioso. La indescriptible punzada de dolor me hizo revolverme como accionado por un resorte.

Al conseguir darme la vuelta, pude al fin ver su rostro. El *Sturmführer* no mostró el más leve indicio que indicase reconocimiento. Se mantuvo impertérrito, indiferente al vínculo vitalicio que nos unía.

En cambio yo, le reconocí al instante. Ni durante una milésima de segundo albergué la menor duda al respecto.

Un helado escalofrío recorrió de parte a parte mi espina dorsal. Mis nervios, afloraron con renovado vigor mientras la adrenalina fluía en mí con intensidad.

Una herida grabada a fuego en mi corazón, aunque largo tiempo olvidada, revivió de su letargo en el pozo del olvido con inusitada firmeza. El hombre que acababa de abrasarme los pies era una persona repudiada y odiada por mí. Jamás de los jamases imaginé que volvería a verlo, es más, juré y perjuré que yo no haría nada por verle a él. Sin embargo, en ese preciso instante, se encontraba frente a mí con la firme convicción de matarme.

Infinitas son las sorpresas que nos depara el caprichoso Destino.

Ese hombre de gélida mirada, irreconociblemente envejecido y cuya mera presencia denotaba insolencia y desprecio, no era otro que Karol Belov.

Mi padre.

Capítulo 10

LA PREGUNTA



Han pasado dos días desde que tuviese el extraño sueño y Hermann parece decidido a no hablar del tema, siempre lo evita. No quiero forzarlo. A saber, a lo mejor lo que para mí carece de significado, para él, resulta esclarecedor, o molesto.

Lo cierto es que estos dos últimos días, lo he notado más serio que de costumbre. Dubitativo, como si su mente estuviera en otra parte. Creo que algo le preocupa. Me pregunto algo que, hasta ese momento, no me había planteado: ¿le estaré representando un problema, una molestia? Y, en caso afirmativo, ¿por qué?

Aunque a ratos la cabeza me sigue doliendo horrores, cada vez es más llevadero, y esporádico. Impulsado por mi evidente mejoría, esta mañana, Hermann me ha

propuesto que saliéramos a dar un paseo, a lo que, evidentemente, he aceptado.

Ha sido una experiencia de lo más gratificante.

No sé si soy de este lugar, o si, al menos, residía aquí, pero lo cierto es que me encantaría. El canto de los pájaros no cesa nunca, ni de noche, lo cual me resulta muy agradable. Lástima del ruido de los trenes que no paran de pasar, si no, sería del todo perfecto.

Hace una tarde preciosa. Caminamos en silencio por el estrecho sendero que nace en casa de Hermann y que, tras serpentear por entre fértiles laderas, muere en el pueblo.

Todo es de un verde fulgurante, ya que acaba de nacer la primavera y el sol, cuando se digna a salir, le confiere a todo un aire mágico.

La vida estalla a nuestro alrededor preñándolo todo de vistosos colores. El aire, aunque frío, es muy saludable y enrojece graciosamente la huesuda nariz de Hermann, ofreciéndole un aspecto la mar de simpático.

-¿Se puede saber de qué te ríes? -me pregunta sonriente.

-De tu... de tu na...nariz.

-¡Ah!, y... ¿te parece gracioso?

-Sí -le respondo mientras rompo a reír.

-Me alegra mucho verte de tan buen humor -me dice cogiéndome la mano con ternura-. De veras. No sabes cuánto deseo que recuperes tus recuerdos...

Intuyo lo que realmente significan sus palabras, yo también deseo recuperar todo lo que mi mente ha extraviado, pero... tengo miedo.

¿Y si hay alguien en mi vida? ¿Qué pasaría entonces? ¡Estoy tan a gusto con Hermann!

-¿Nos sen...sentamos? -le pregunto.

Estoy agotada, aún estoy muy débil, por lo que me canso rápido. Además, me encantaría charlar un rato con Hermann. ¡Dice cosas tan bonitas! Lástima que mi léxico y mi dicción sean aún tan precarios

-Por supuesto, pero... estás bien ¿verdad?

-Sí, no t...te preocu... preocupes.

Nos sentamos en sendas piedras asediadas de verde. Los pajarillos no dejan de emitir sus trinos y graznidos empeñados en componer la banda sonora del lugar. Me parece todo tan romántico que... He de relajarme. Forzar la situación podría ser del todo inoportuno. Debo tener paciencia y esperar que, tarde o temprano, ojalá sea lo segundo, desaparezcan las lagunas de mi memoria. Entonces, ¡Dios dirá!

-¿Tienes frío? -me pregunta considerado.

-No.

-Oye Eva, una cosa, le he estado dando vueltas y más vueltas al sueño que me contaste el otro día y... -se le ve incómodo-, ¿estás completamente segura que la caja de tu sueño era el vagón de un tren?

-Sí Her...Hermann, est...estoy segura. ¿Por...por qué?

-¿Puedo hacerte una pregunta? -asiento-. ¿Recuerdas si eres judía?

-Nnn...no lo sé -le miro extrañada, no tengo idea de lo que ha querido decir y dudo mucho que se refiera ni a la planta ni a su fruto-. ¿Qué es ju...judía?

-Creo que te nombré algo sobre los judíos hace unos días, ¿recuerdas?. Son personas de otra religión y de costumbres y creencias diferentes... -parece dudar- No sé cómo describirlos, son muy parecidos a nosotros, pero a la vez muy diferentes. No sé, un poco raros. No suelen caer muy simpáticos por aquí, no sé si me entiendes.

-No. No te... te entiendo.

-Pero... ¿recuerdas si lo eres? -niego con la cabeza-. ¿De veras?

-¡Tan impo...importante es pa...para ti! -me ha violentado su insistencia.

-Sí. Pero, no sé cómo explicártelo... No quiero que me malinterpretes.

-¿Tan ma...ma... malo es?

-No lo sé Eva, no lo sé. Creo que la culpa de todo este embrollo la tienen Hitler y sus delirios de grandeza.

-Hermann -le interrumpo-. ¿Hitler no es el au...autor del li...libro que me lees y que dice esas co...cos... esas cosas tan feas?

-Sí. ¿Tampoco recuerdas quién es Hitler?

-No. ¿De...debería con...conocerlo?

-Es el Führer de Alemania.

-¿El qué?

-El Führer, el Guía de nuestra nación. El canciller supremo... está claro, no recuerdas nada de nada.

Sin quererlo, ya que estoy convencida que su intención no era herirme, me ha ofendido. De verdad que lo intento, pero no recuerdo ni a Hitler, ni a mis padres, ni mi pasado, ni mi nombre... ¡nada! Sólo ese maldito sueño que tanto miedo me hizo sentir y que nada me revela. Hermann, leyendo en mi cara lo que se cuece en mi fuero interno, me dice:

-Lo siento, no pretendía ofenderte. Es que... ¡no entiendo nada!

-Ni me lo ha...ha...haces entender a mí. Por fa...por favor, ¡explica...explícate!

-Hitler es quién más manda en Alemania, quien dirige el país. Es un hombre extraño. Llegó al poder como salido de la nada con sus extravagantes declaraciones racistas y antisemitas. Y años después, ahí sigue. Dice que está recuperando la gloria perdida de Alemania y que por eso estamos constantemente en guerra. Porque... estamos en guerra, ¿lo sabes? -ante la negativa que le muestra mi rostro, prosigue-. Pues sí, estamos en guerra, todos contra todos. Por lo que dicen, media Europa está en ruinas y la otra media a punto de estarlo -durante unos segundos permanece pensativo, como buscando en su mente algo que, evidentemente, no encuentra-. Créeme, no sé más. Ni quiero saberlo.

Se le ve triste, y dolido. En cierto modo, creo que se siente frustrado de no saber más. O cómo enfocar mejor

lo que sabe para poder aclarar mejor mis ideas. Pero apruebo su esfuerzo y así se lo hago saber. Él sonríe con bondad.

-Al fi... al final, no me has conta... contado porque tan...tanto interés por si so...soy ju...jud...judía.

-Porque mucha gente, no me preguntes el por qué, los desprecia y está de acuerdo con que Hitler los haya expulsado de Alemania.

-¿Expul... expulsados?

-Sí, Eva, sí. Todos los judíos de Alemania han sido expulsados. Desde antes de la guerra. Por eso, te he preguntado si tú lo eras. Por si no te has dado cuenta, soy bastante ignorante -me molesta que se infravalore de esa manera-, por eso no sé reconocer a un judío. Lo que me dicen en el pueblo no me ayuda mucho... “cuando los veas, no te cabrá la menor duda. ¡Son como ratas!”. Y cosas por el estilo.

-¿Tan... tan malos son?

-No lo sé, Eva. De ahí mi inquietud. Yo no sé nada de los judíos, sólo los rumores. Aunque no lo creas, ciertas personas son tan cerradas que, si tu fueras judía, -calla un instante, quizá para pensar cómo suavizar un poco sus siguientes palabras- digamos que me podría colocar a mí en una situación delicada... ¿entiendes?

-Sí. Pe...pero yo no...no quiero ser un pro...problema para ti.

-Lo sé, no te preocupes. Créeme, no eres ningún problema, al contrario. Además, si lo fueras, me daría absolutamente lo mismo.

-Gra...gracias.

Le estampo un dulce beso en sus gruesos labios.

Un beso casto, sin más pretensión que la de mostrar mi inmenso agradecimiento y simpatía hacia su persona. Hasta que mi mente se digne a mostrarme los enigmas de mi pasado, no puede haber nada más entre nosotros.

-¿Sabes por qué me resultó tan extraño tu sueño el otro día? -se friega las manos con fuerza, más por nerviosismo que por frío, y prosigue-. He oído verdaderos disparates sobre lo que, supuestamente, le hacen a los judíos. Algunas personas del pueblo murmuran cosas horribles que han escuchado que se están cometiendo contra todos los que sean o parezcan judíos, incluso los que les apoyen o defiendan. De ser cierto lo que me han dicho... dudo mucho que los pecados de los que se les acusa, merezcan nada semejante.

-Pero... ¿tan te...ter...terrible es?

-Peor.

-¿Y qué ti...tiene eso que ver con, con mi, con mi sue...sueño?

-Decías que en tu sueño estabas encerrada en un vagón de tren junto a muchísima gente, y que todos teníais mucho miedo...

-Sss...sí.

-Me han dicho que meten a todos los judíos en esos trenes de ganado que viste desde la ventana y los llevan a unos recintos que nadie sabe dónde están y...¿sabes que hacen allí con ellos? Los matan. A todos.

Ahora comprendo la preocupación de Hermann desde que le conté mi sueño, la ansiedad de sus ojos al preguntarme si recordaba ser judía.

Lo que no llego a entender es que pueda llegar a ser cierta su insinuación con respecto a lo que se le hace a esa pobre gente.

¿O debería decir mi gente?

Y, otra cosa... ¿he estado alguna vez en ese vagón de tren, o todo esto no es más que una desagradable pesadilla?

Capítulo 11

UN SÓRDIDO SUCESO



Hacía una eternidad que no veía a mi padre. La última vez que le vi, fue precisamente el día que nos abandonó a mi madre, a mis tres hermanos y a mí. Yo rondaría los cinco años.

Me explicaré...

En 1919, casi un año después de la agria derrota sufrida por su país en la Gran Guerra, un joven militar alemán llamado Karol Belov, emigró a Polonia. La causa: los múltiples y catastróficos efectos ocasionados por el flagrante Tratado de Versalles en la Alemania del Káiser

Guillermo II que, por cierto, se vio obligado a abdicar poniendo fin a un largo período de monarquía.

A resultas del polémico tratado y de las secuelas de guerra, el hambre se instaló en el país germano. Y Karol, como decenas de millares de alemanes, hubo de huir del infierno nada más que con lo puesto. Oseáse, nada. Como mucho, el orgullo herido del militar. Por aquel entonces, Karol Belov era *Obersturmführer*¹⁴.

Puedo imaginarlo huyendo, cabizbajo y hundiéndose, soportando el peso de la humillación por la derrota y los quebrantos originados por el hambre. Estigmas derivados de una doble derrota: abochornado por el soberbio triunfo del enemigo y por la incoherente rendición de los que decían defender los intereses de su querida Alemania.

Su exilio, se ubicó en Varsovia, donde residían unos parientes indirectos, primos de su madre, para más inri, de origen judío, a los que hacía años que no veía y de los que esperaba cobijo. Sus familiares, pese a las fatigas económicas y las estrecheces que adolece una casa pequeña habitada por una familia numerosa, tenían cinco hijos, acogieron al abatido Karol con los brazos abiertos y lo colmaron de unas atenciones que, dudo mucho que mereciera.

En aquella vetusta casa de un barrio humilde de la periferia varsoviana, fue en donde Karol conoció a

¹⁴ Teniente

Marina Rebrov, la mayor de los cinco hijos, una chica tímida y llena de bondad, poseedora de una delicada belleza, notoria a pesar de los estragos físicos derivados de una vida enteramente dedicada al trabajo. Karol, intuyó de inmediato que Marina Rebrov era un buen partido. Una mujer casta, obediente y sumisa que desempeñaría a las mil maravillas las funciones de esposa, sirvienta y si se daba el caso, madre de sus hijos.

Se dispuso a cortejarla.

Aunque lejana, Marina Rebrov era prima de Karol. Eso no fue impedimento para que se acabara convirtiendo en su esposa y, al año siguiente, en mi madre. En aquel lejano 1919, según mi madre, aunque un tanto debilucho y un tanto rudo de modales, Karol Belov, era un hombre extremadamente apuesto y con una sonrisa encantadora.

Jamás fuimos felices.

Según mamá, a las pocas semanas de nacer yo, Karol se convirtió, o acaso lo era de antemano, en un hombre iracundo y hostil, alcohólico empedernido y un déspota inexpugnable que la maltrataba salvajemente cuando necesitaba desahogar sus más amargas frustraciones, o cuando la pobre mamá no hacía las cosas según sus estrictas instrucciones.

Karol, jerarquizó nuestras vidas y se encargó de destrozarlas desde el escalafón más alto del organigrama familiar. Mamá, se transformó en su esclava. A

mí, por el momento, quizá debido a que no era más que un bebé, prefirió ignorarme.

Con el pasar de los días, la rigurosa jerarquía cobró vigencia también en los juegos de alcoba. Sobre el roñoso colchón del piso que alquilaron tras la boda, es donde Karol daba rienda suelta a sus más bajas pasiones, al odio que lo consumía por dentro.

No quiero ni imaginarlo.

Si la sumisión de mamá daba muestras de cansancio, o si intuía rebeldía, desobediencia o recelo por su parte, la apalizaba sin compasión. *Una buena patada a tiempo en los riñones es un magnífico correctivo.* Así es como pensaba Karol Belov. Y así me lo hizo saber en innumerables ocasiones a partir de mi tercer año vida.

¿Por qué lo aguantaba mi madre?

Porque, por desgracia, no era tan distinto de lo que le había vivido hasta entonces, ya que su padre, Anatoly Rebrov, también la maltrataba desde muy pequeña, al igual que a su madre y sus cuatro hermanos. En cierta ocasión, incluso intentó violarla.

Anatoly, era un hombre virulento, una persona muy difícil de querer. Era un peón metalúrgico venido a menos, nacido en la ciudad ucrania de Lvov¹⁵ y emigrado a Polonia en busca de un futuro mejor.

Ese futuro nunca llegó.

¹⁵ Ciudad de la actual Ucrania cercana a la frontera con Polonia fundada en el siglo XIII. Perteneció a Polonia desde 1349 a 1722 y de 1920 a 1939, y a Austria de 1722 a 1918.

Este detalle, lo atormentaba sobremanera. Para mamá, la situación no era mucho peor de la que tenía en casa de sus padres y, al menos, tenía un techo bajo el que cobijarse.

Hay que tener presente la situación tan precaria en la que se hallaba el mundo en general, y Polonia en concreto, inherente a la finalización de la Gran Guerra. La coyuntura era nefasta.

En tales circunstancias, las probabilidades de éxito de una hipotética fuga sin destino fijo de una mujer con una criatura de meses, eran más bien escasas, por no decir nulas.

El futuro no resultaba nada halagüeño. Podía incluso resultar peor de lo que tenía. Además, mamá sabía con seguridad que Karol no la dejaría marchar tan fácilmente. Saldría en su busca.

Y el miedo, como siempre, pudo con todo. Marina optó por claudicar y dejarse llevar por la deriva.

Cada día que pasaba, las cosas iban a peor. Las palizas eran cada vez más frecuentes y violentas.

Mamá, vivía total y absolutamente aterrada.

Vi nacer a mis tres hermanos en una atmósfera en la que el miedo, se escribía con mayúsculas.

Lo intuías.

Era como si dejara de ser un simple instinto, una mera sensación humana, para transformarse en un ente tangible, con vida propia. Un ser maligno que se

nutría de nuestra incierta situación, así como de la inagotable furia de Karol.

Sin previo aviso, un buen día, totalmente recuperado de sus heridas de guerra y harto de vivir junto a lo que él consideraba una pandilla de fracasados, Karol Belov decidió abandonarnos.

Sin más. Y sin dar la más mínima explicación.

En su decisión influyó, e imagino que mucho que, últimamente, la coyuntura socioeconómica en su Alemania natal había comenzado a evidenciar incuestionables progresos. Aunque no menos cierto era que nunca acababa de despegar del todo.

Tras la hiriente derrota sufrida en la Gran Guerra, y el posterior agravio que significó el Tratado de Versalles, Alemania se resumía en una sola palabra: Caos.

Pero, para cuando Karol Belov decidió abandonarnos, septiembre de 1923, el contexto en Alemania, principalmente en Munich, de donde era nativo, había cambiado drásticamente gracias a la prometedora aparición y el progresivo crecimiento del NSDAP, capitaneado por Adolf Hitler, un altisonante austriaco desconocido para la gran mayoría que, sirviéndose de una oratoria descarnada y atroz, estaba haciendo temblar los cimientos de la frágil coyuntura política del país

con sus demagógicas martingalas sobre la gloria perdida de Alemania y el antisemitismo.

La gente parecía ver en Hitler un heraldo del averno. Él acataba gustoso su nueva condición, así como su ascendente popularidad.

Al poco de irse Karol, se presentó en casa un nuevo inquilino: el Hambre. A mamá, le resultaba imposible buscarse un empleo teniendo bajo su cuidado a cuatro niños, de los cuales, el mayor, que era yo, tenía solo cinco años. Los mellizos, Ana e Ivo, tenían tres, y Markus, era un tierno bebé de dos meses escasos.

Mamá no tenía familia a la que recurrir, ya que sus hermanos se desentendieron por completo y sus padres habían pasado a mejor vida el invierno anterior. Para colmo de males, todos los vecinos, incomprensiblemente, le dieron la espalda. Tan sólo se tenía a sí misma para hacer frente a las vicisitudes.

Aunque, para ser francos, incluso si la situación familiar hubiese sido más propicia, mamá hubiese sido incapaz de encontrar empleo. Por aquel entonces, en Polonia, una mujer separada, sin importar el motivo, no estaba bien vista entre sus congéneres. Se la aislaba y marginaba socialmente de manera vergonzosa. Como un mal ejemplo. Como a algo feo, sucio, inmoral... o ilegal.

Cada vez con más frecuencia, mamá sufría colapsos nerviosos, o repentinos accesos de histeria, que se esforzaba por mantener en un relativo anonimato. La imposibilidad de ofrecernos el alimento necesario a causa de la ausencia de un salario, una paga, un préstamo bancario... acabó con la capacidad de resistencia del débil cuerpecito de Markus, que no llegó a vivir siquiera su primer invierno.

Entonces, se instaló en casa la Desolación.

Pues bien, este “distinguido” personaje, del que acabo de resumir brevemente su historia, me observaba con rostro impasible tras fracturarme unos cuantos huesos y costillas y haber quemado sádicamente con un cigarrillo las plantas de mis pies.

-¿Karol? -Pregunté. Evidentemente era una pregunta retórica.

Me miró notablemente sorprendido. Saltaba a la vista que aún no me había reconocido. No hay que olvidar que, cuando desapareció de mi vida, yo sólo tenía cinco años. Tosí furiosamente repetidas veces, expectorando sangre. Le sonreí con desdén, mostrándole mi ensangrentada dentadura. Le pregunté:

-¿De veras no sabes quien soy?

Por primera vez manifestó cierta reacción. Me miró con el ceño fruncido durante unos segundos e

hizo dos enérgicos signos de negación con la cabeza, como diciendo que no podía ser, que no era posible. Muy lentamente, comenzó a retroceder mientras los ojos se le ponían como platos. Por fin, había reconocido en mí a su hijo mayor. Su insolencia y su temple mutaron en pavor. A mí, en cambio, me dio por reír. Experimenté un desproporcionado ataque de risa nerviosa, suscitado, sin duda, por el shock que había significado el inesperado colofón a la pesadilla en que se había convertido mi vida desde que los nazis invadieran mi país.

Mi padre, me miraba aturdido, con los ojos fuera de sus órbitas y la boca tragicómicamente abierta. Por lo visto, aún conservaba algún vestigio de humanidad. Todavía había algo capaz de conmover al invulnerable *Sturmführer* Karol Belov.

Por muy insensible que pueda llegar a ser una persona, tiene que haber unos límites. Una cosa, es humillar y aniquilar a personas anónimas, amparado por el falaz paraguas de la Obediencia Debida y otra bien distinta es proporcionar ese mismo trato vejatorio a tu propio hijo, por muchos años que haga que no lo ves.

-¡¡¡¿Józef?!!! -inquirió Karol en lo que se me antojó un patético sollozo.

Aunque soy consciente que las circunstancias carecían de la más mínima gracia, no podía parar de reír, llegando incluso a orinarme encima. Jamás me

había reído tanto en toda mi vida. De súbito, Karol se arrodilló con gran teatralidad mirando al techo y con los brazos abiertos en cruz. De sus deslumbrantes ojos azules brotaban dos salados regueros que morían en su prominente mentón. De su boca afloraron ininteligibles jaculatorias. Cuando dio éstas por concluidas, extrajo su pistola de la cartuchera, se la introdujo con destreza en la boca y se descerrajó un tiro que le saltó la tapa de los sesos.

Dejé de reír de golpe.

Con la misma espontaneidad con la que había aparecido, el impetuoso acceso de risa se interrumpió en seco y quedé caricaturescamente boquiabierto. Mi ritmo cardiaco se redujo a la mínima expresión y un sudor gélido me escarchó la médula.

No daba crédito a lo que acababa de presenciar. Mi ejecutor, que para más inri era mi padre, acababa de desparramar sus sesos por toda la sala de torturas. Y, un servidor, cansado de vivir, y que anhelaba fervorosamente la muerte, continuaba con vida cumpliendo el ilimitado y macabro destino que me había sido concedido.

Con el corazón bombeando como una locomotora de vapor y preso de una determinación totalmente irreflexiva me acerqué al cuerpo sin vida de mi padre, le arrebaté la pistola, la así con fuerza con ambas manos, apoyé el cañón justo en el centro de mi frente y, sin pensar, apreté el gatillo.

Nada.

Volví a intentarlo; una, dos, tres, cuatro y hasta cinco veces más con idéntico resultado.

Escudriñé desalentado en los bolsillos de su uniforme, así como en la cartuchera, las botas, los calcetines... ¡hasta en los calzoncillos!, con la esperanza de hallar la bala que pusiese el punto y final a mi atribulada existencia.

No di con ella.

Karol, en un último ejemplo de la generosidad que le era propia había usado su última bala para arrancarse la vida, dejándome a mí en ascuas.

¡Eso sí tenía gracia!

Pero entonces no reí.

Capítulo 12

INSÓLITA PENITENCIA



Cuando, breves instantes después, fui hallado en la sala de torturas genuflexo y lloroso junto al cadáver del nuevo *Sturmführer*, con su pistola aferrada firmemente entre mis manos, no me cupo la menor duda que, por fin, mis aspiraciones se verían satisfechas.

No podía ser de otra manera. Me saltarían la tapa de los sesos allí mismo.

De nuevo, me equivocaba.

Plenamente convencidos de que mi única ambición era sucumbir, dejar atrás este loco mundo preñado de hostilidad, decidieron darme una vuelta de tuerca más.

Me privaron de mi máximo deseo.

Desde ese aciago día, mi condena no fue otra que vivir, existir, estar, ser, respirar.

Al parecer, habían decidido experimentar conmigo nuevos castigos. Innovación en el ámbito del suplicio. El no va más en el sutil arte del martirio.

Mi mundo se transformó en una turbulenta tempestad de incertidumbre y padecimiento sin fin. Un círculo vicioso que me succionaba y del que me era imposible salir.

A raíz de ese día mejoraron considerablemente mi alimentación. Asimismo, me privaron de todo el trabajo físico e incluso me suministraban la medicación oportuna para sanarme de mis enfermedades. Hacían todo lo necesario, incluso más, con tal de mantenerme con vida.

Hasta que, un buen día, sin sufrir menoscabo alguno en los privilegios anteriores, decidieron trasladarme de mi entorno. Me aislaron de los demás prisioneros del campo. Fui recluido en una nauseabunda celda de castigo de poco más de tres metros cuadrados en la que permanecía totalmente incomunicado.

Mis dos únicas compañías eran la desdicha y mi visceral rencor hacia todo lo que oliese a alemán.

Pasé a ser nadie en el mundo de la nada.

Una sombra en el palacio de las tinieblas.

Un ente sin memoria ni historia que contar, ni a quién hacerlo.

Una vida sin vida.

No se me ocurre nada más deprimente y humillante que desear la muerte en un campo de exterminio y que te sea denegado.

Cada día respiraba el humo en que se acababan convirtiendo, sin excepción, todos y cada uno de los huéspedes de Auschwitz.

A excepción, por supuesto, del personal militar y de un servidor.

Ese espeso humo, pestilente e inmoral, llegaba incluso a los lugares más recónditos, verbigracia, mi diminuta madriguera.

Los SS, ayudados por los eficientes *Sonderkommandos*, calcinaban los cadáveres de mis compatriotas sin asomo de contrición ni de decoro.

Mi gente en la parrilla.

La memoria de todo un pueblo gaseada y achicharrada en inicuos hornos crematorios.

Su cultura, su tradición y creencias, convertidas en cenizas.

Las altivas chimeneas, eyectaban sin descanso durante las veinticuatro horas del día polutos pena-

chos de humo que ensombrecían el horizonte tiñéndolo de desaliento.

La mayor fábrica de cadáveres de la Historia obraba ya casi a pleno rendimiento.

Todos sus engranajes estaban perfectamente ensamblados lo que hacía de Auschwitz-Birkenau una máquina casi perfecta.

Me veo incapaz de determinar el número de los que eran incinerados a diario, ni siquiera por aproximación, pero sin duda serían, no sé...

¡Millares!

El hedor a muerte y putrefacción se hacía inaguantable incluso desde el zulo subterráneo, evidentemente sin ventanas, en el que me tenían confinado.

La inusual profecía de Hitler, tantas veces reiterada en sus constantes peroratas públicas, de acabar con la judeidad internacional, lejos de ser una quimera, como muchos se aventuraron a vaticinar en un buen principio, poco a poco se había ido convirtiendo en una realidad.

Lo más denigrante, era advertir el provecho que obtenían del funesto holocausto.

Hacían negocio con todo lo imaginable, así como con lo inimaginable.

El cabello humano era amontonado en inmensas pilas y enviado a las fábricas de fieltros para elaborar géneros de punto, las cenizas de los cadáveres se utili-

zaban como fertilizantes para los campos de cultivo, la grasa corporal servía para la elaboración de champús y productos de cosmética...

Aunque, sin duda, uno de los negocios más lucrativos era la apropiación de todas las pertenencias de valor que dejaba el fallecido, léase: relojes, cadenas, joyas, dientes de oro...

El hecho de no saber cuánto me restaba de vida me martirizaba sobremanera.

No quería seguir con ese suplicio ni un solo minuto más.

Como castigo, considero que ya había sido más que suficiente.

Kasia...

Milena...

Juliusz...

¡Cómo los añoraba!

Ni por un segundo, conseguía apartarlos de mi mente. De hecho, gracias a ellos mantenía la cordura a pesar del denodado esfuerzo de la locura por atraerme a sus peligrosos dominios.

Ya que no me permitían morir, mi única esperanza, aunque ínfima, radicaba precisamente en reunirme algún día con mis dos princesas, ya que con Juliusz era físicamente imposible, y rehacer, en la medida de lo posible, nuestras estigmatizadas vidas.

Así morían los días.

Náufrago en el mar de los recuerdos.

De Dios, ya casi ni me acordaba y, cuando lo hacía, era en forma de exabrupto.

Y, muy a mi pesar, continué respirando.

Capítulo 13

LA VISIÓN



Han Acabo de despertar y a mi mente sólo acude un tropel de preguntas sin respuesta. ¿Quién soy? ¿Qué hago aquí? ¿De dónde vengo? Si no pertenezco a este lugar, ¿cómo diantre llegué hasta aquí, un lugar tan solitario y apartado de todo? ¿Por qué aparecí con la cabeza abierta, medio muerta y semidesnuda en las inmediaciones de la casa de este hombre que tan bien se está portando conmigo? ¿Lograré algún día recordar toda mi historia? ¿Hasta cuándo me torturarán todos estos interrogantes?

El lejano traqueteo de otro tren me saca de mi ensimismamiento.

Siento miedo y náuseas.

Aturdimiento y repulsión.

Desde que Hermann me contase ayer lo de los judíos y los trenes, este es el cuarto convoy que oigo pasar. ¿Estará, como en mi sueño y en las sospechas de Hermann, hasta los topes de gente? ¿Judíos? ¿Seré yo judía? ¿Será cierto eso de que los matan? Y la gente, ¿cómo es que no hace nada? ¿O es que nadie sabe nada? No puedo creer que todo sea de oídas. Digo yo que alguien habrá visto algo, o sabrá de alguien que lo haya visto, si no... ¡de dónde salen esos cotilleos y cuchicheos tan repugnantes!, ¿simples comidillas?, ¿burdas fabulaciones? Preguntas, preguntas y más preguntas. Y aún se me ocurren dos más... ¿respuestas, cuántas?, y... ¿por qué me dolerá hoy tanto la cabeza?

Me desperezo y me levanto de la cama.

Me siento un tanto mareada.

Me calzo las babuchas, que me esperan, como siempre, junto a la alfombra -Hermann es un hombre muy meticuloso-, y me pongo la bata de punto que hay en la percha junto a la mesilla.

Caminando con torpeza y con el equilibrio en muy precario estado, dirijo mis pasos hacia el cuarto de baño cuando, un punzante pinchazo en el costado, bajo la axila derecha, me hace rabiar de dolor.

Tengo que apoyarme en la cómoda que hay junto a la puerta para no dar con mis huesos en el suelo.

Ligeramente restablecida, me levanto el camisón y examino la zona dolorida, allí descubro una fea cicatriz

que, hasta ahora, me había pasado por completo desapercibida.

De súbito, mi mente me muestra una serie de borrosas imágenes que se me antojan lejanas y cercanas a la vez; lo primero en el tiempo, lo segundo en lo afectivo.

Un hombre moreno y enjuto de afilada nariz me cura con gesto preocupado una gran herida abierta bajo mi sobaco. De la herida brota muchísima sangre y me siento débil, muy débil.

Creo que percibo las imágenes borrosas porque así es como las veía entonces.

“No te duermas, me oyes, sobre todo no te duermas”, grita el hombre moreno mientras me cose con cierta pericia la sangrante herida.

Su voz, grave y varonil, me resulta tranquilizadora. Pese a que me noto desfallecer y mi visión se torna cada vez más difusa, percibo una grata sensación de seguridad junto a ese hombre que me zurce.

Mi mente se nubla cada vez más distorsionando la cara de mi guapo sanador. El dolor es tan desgarrador que, finalmente, me vence.

Entonces, mi mente vuelve a su negro habitual.

De nuevo, vuelven las preguntas.

¿Quién era ese hombre? ¿Qué me une a él?

Algo en mi interior me dice que los lazos que me unen a ese hombre son robustos. Pero no es más que una intuición. Esa secuencia de imágenes, más que aclararme las cosas, ha conseguido ofuscarme aún más. Ningún

nombre, ningún lugar conocido, ningún objeto o prenda... nada que me ayude a discernir algo de mi vida anterior, a conocer mi “yo” pasado. Y, por cierto... ¿cómo demonios me haría yo esa herida?

Capítulo 14

UNA ÍNFIMA VICTORIA ESPIRITUAL



El único motivo de satisfacción durante mi confinamiento en Auschwitz llegó, creo recordar, en la primavera de 1943, diría que a finales de abril. Además de mi innata mala cabeza para recordar las fechas, carecía de reloj o cualquier otro artilugio o método con el que dictaminar con cierta exactitud la hora o la fecha del día en curso. En ocasiones, me enteraba merced a Heinrich Ziege, un joven soldado alemán de voz atiplada. Heinrich, era el encargado habitual de abastecerme todo lo preciso para mantener latiendo mi esforzado corazón. Para poder consumir mi insólita penitencia. Al parecer, con el cadencioso devenir de los días me había cogido algo similar al cariño o, al menos, mi precaria situación había logrado despertar su conmiseración.

Cautivo en un inhóspito y sombrío zulo de tres metros cuadrados por metro y medio de altura, en el cual me era imposible ponerme en pie y con una polvorienta bombilla como única fuente de luz, termina uno por perder por completo la noción del tiempo, si no la chaveta. Los días, como tales, habían dejado de existir para mí. No veía ni el sol al salir, ni cuando se ponía. El día y la noche se convirtieron en dos extraños. El concepto Tiempo, en un sinsentido. Era incapaz de dilucidar si habían pasado tres horas, o tres días. Cada vez tenía más lagunas.

Un buen día, cuando había perdido totalmente la noción de los días que llevaba encerrado en el zulo, Heinrich me trajo la comida. La sombra de su presencia me saludó tras la puerta con corrección, pero sin ese deje simpático que tan peculiar le hacía. Algo le intranquilizaba, sin duda, y eso que sólo me baso en los caprichosos juicios de mi oído.

Heinrich, de poco más de veinte años de edad, era un buen muchacho. Se veía a la legua... y eso que yo no le podía ver. A menudo, siempre en la medida de lo posible, ya que no podía arriesgarse a que lo vieran simpatizando con un judío, me brindaba conversación y consuelo. Lo cual, yo agradecía infinitamente. Este día en concreto lo recuerdo como si fuese ayer, ya que

me dio lo que para él era una mala noticia. En cambio, para mí, resultó ser muy grata. Siguiendo la pauta habitual, pasó la bandeja con el pringoso mejunje al que llamaban comida por la pequeña trampilla abatible situada en la parte inferior de la puerta metálica. En la superior, una pequeña rejilla, dispuesta para tal efecto, le permitía a él verme y a mí intuirle.

-¿Como va la cosa, Belov? -saludó-.

-Sin grandes cambios, la verdad.

-Que te aproveche -dijo sin pizca de maldad refiriéndose al mejunje.

-Gracias -contesté afablemente-. Una cosa Heinrich, ¿qué es?, ¿la cena?, ¿ya es de noche? -asintió-. ¿De qué día?

-Diecinueve de abril.

-¿Se puede saber cuánto tiempo llevo aquí? -inquirí con cierto desdén.

-Yo diría que es tu decimoquinta noche... no sé, tendría que mirarlo, aunque no debo andar muy desencaminado -me respondió sin amago de rencor.

-¿No crees que ya es más que suficiente? -le pregunté con resquemor.

Esta vez sí que se molestó.

-Belov, sabes que en eso yo ni pincho ni corto y que nada puedo hacer, ¡no me lo pongas más difícil todavía, por Dios!

Tenía toda la razón. Fui injusto con él, ya que era consciente que sufría, y mucho, por cuanto suce-

día a su alrededor. Como también es cierto que mi situación no estaba en sus manos. No había nada que él pudiese hacer, ni siquiera prestarme ayuda o socorro, en caso de necesitarlo, sin el pertinente permiso de su superior. Me tenían muy bien vigilado. Había de cumplir a rajatabla mi extravagante condena.

-Perdona -me disculpé-, créeme que lo siento, de veras, no he pretendido herirte, es que ya no logro contener mi frustración... y lo pago con el único que hace algo por mí. Discúlpame, por favor.

-Olvidémoslo -sentenció conciliador-. ¿Sabes una cosa? -preguntó dando por zanjado el asunto-, al parecer, hoy los tuyos se han rebelado.

-¿Qué pretendes decir con eso de “rebelado”? -interrogué-. Y, ¿quiénes se supone que son los míos?

-En el gueto de Varsovia, tus compatriotas... que se han sublevado.

-¿Podrías ser un poco más explícito? -dije alzando un poco el tono- Por favor -mucho más apaciguador.

-Nada, que esta mañana -prosiguió sin reconcomio-, ha llegado la orden del *Reichsführer*¹⁶ Himmler desde Grecia que se tenía que cerrar y destruir el gueto de Varsovia con carácter inmediato. Debían desalojarlo por las malas, o por las más malas. Pero, para perplejidad de las unidades de SS que han ido a cumplir con

¹⁶ Comandante nacional de las SS

dicha ordenanza, a su llegada a las puertas del gueto han topado con un recibimiento francamente hostil por parte de tus paisanos.

-¿Qué me estás diciendo?, ¿que por fin han plantado cara... que se han sublevado? -pregunté incrédulo- ¿Cómo ha sido eso? Por favor, Heinrich, cuéntamelo con todo lujo de detalles.

-Intuyo cierto deje de mofa en tu tono, Belov. -apuntó con seriedad.

-Sabes tan bien como yo que eso no es cierto, ¿o no?

Permaneció durante unos segundos en un incómodo silencio, rumiando. Tras ese breve lapso, dijo en un tono mucho más afable:

-Está bien granuja, te lo contaré.

Pese a la poca iluminación y a que lo veía a través de la rejilla, percibí su sincera sonrisa y un leve guiño de complicidad. Estoy plenamente convencido que, de habernos conocido en otras circunstancias bien distintas, el joven Heinrich Ziege, hubiese resultado, sin duda, un muchacho de lo más encantador. Por más que se empeñara en demostrar lo contrario, su mirada carecía de malicia.

-Como te decía -prosiguió, bajando la voz-, al llegar al gueto, las unidades de SS han hallado una inesperada resistencia. Los pocos centenares de reclusos que aún permanecían en el recinto, se han atrincherado tras rústicas barricadas y con armas de pe-

queño calibre, granadas y bombas de fabricación case-
ra que, aunque rudimentarias, han resultado ser harto
efectivas.

No pude reprimir un ligero estremecimiento de
alegría. Heinrich, se giraba constantemente para ase-
gurarse que no hubiera entrado nadie en el sótano.
Para él, resultaría fatal.

-Tus paisanos -continuó- han conseguido incen-
diar un carro de combate y al final, las SS, víctimas de
su propia negligencia, no han tenido más remedio que
retirarse del recinto.

-¡No jodas Heinrich!

Me surgió una sonora carcajada. La primera en
mucho tiempo. La única noticia en meses que me pro-
porcionaba un sentimiento de alegría, incluso de feli-
cidad. Por un instante, creí ver en su seriedad y su si-
lencio una mala reacción ante mi descarado abuso de
la confianza que nos unía.

No debía olvidar el contexto, el que estaba den-
tro de la celda era yo. Pero no. Comprendí que, en
cierto modo, se alegraba de mi explosión de júbilo
compartiendo íntimamente la pequeña victoria, ni que
fuese moral, que para mí significaban los hechos que
me acababa de relatar.

-¿Sabes una cosa, Belov? Me alegra mucho verte
reír de esa manera... pensé que nunca te vería hacerlo.

-Ni yo.

Durante los días siguientes, Heinrich, siguió informándome puntualmente del devenir de los acontecimientos. Mi gente se había hecho con el control del gueto y, los nazis, por improbable que pudiese parecer, se veían incapaces de menguar su resistencia.

Dos semanas más tarde, todavía no habían dado con la manera de acabar con la irreductible resistencia de los últimos judíos que quedaban en el gueto de Varsovia.

Hombres, mujeres, ancianos y niños armados con pistolas o explosivos atacaban por sorpresa a los comandos SS que intentaban reducirlos. No obstante, como era de prever, se acabó imponiendo la lógica. Pocos días después, a primeros de mayo y, bajo la atenta supervisión de Himmler, las SS adoptaron una política de destrucción total. Se había colmado el vaso de su paciencia.

Los establecimientos judíos fueron evacuados sistemáticamente y posteriormente incendiados. Las lenguas de fuego se expandieron hasta los inmuebles colindantes. De los pisos más altos caían cuerpos devorados por las llamas. Los demás, salían de sus escondites y, aunque los más espabilados consiguieron huir, la gran mayoría, fueron apresados y ajusticiados sin dilación. Las válvulas de descarga de las cloacas fueron abiertas para acabar con los muchos judíos que

utilizaban el sistema de alcantarillado como escondrijo.

El diecisiete de mayo, curiosamente esta fecha si la recuerdo, Heinrich me informó que la tarde anterior había sido demolida la sinagoga del gueto. La rebelión había finalizado. Los supervivientes fueron inmediatamente deportados a Treblinka dónde recibirían su “justo merecido”.

Una frágil luz de esperanza que anidaba hasta entonces en lo más profundo de mi ser, se apagó repentinamente para siempre con el fin de las hostilidades en el gueto de Varsovia. Pero, el profundo orgullo que me henchía a tenor de lo conseguido por mis congéneres, no había quién me lo quitara. Esa insurrección, significó un pequeño gran éxito para todos los que habían perdido la vida en esta hecatombe, así como para los que todavía estábamos en ello. Una bofetada en la cara del arrogante gigante nazi pero... ya todo había acabado. Lo cual, significó para mí un severo revés, el fin de un sueño que, pese a lo efímero, parecía conferirme ánimos en mi larga carrera hacia la muerte.

A los pocos días, el gueto de Varsovia fue derruido prácticamente en su totalidad. Entonces, el joven

Heinrich dejó de venir. Sin un adiós. Sin una explicación. ¡Como mi padre!

Nunca supe el por qué.

Y nunca lo sabré.

Quizá le enviaron a otro destino, quizá fuera por propia decisión. Lo cierto es que, sin el aliciente de la insurrección en el gueto y sin la grata compañía del lampiño Heinrich, volví a sumirme en un estado de sopor permanente. Hibernando. Muerto en vida. Vivo, gracias a los recuerdos. Recuerdos, por cierto, cada vez más difusos.

Mi fe aparecía tan quebrantada que no lograba recordar las estúpidas oraciones y rezos que, en tiempos no muy lejanos, conseguían satisfacer mis anhelos de consuelo en los momentos más difíciles.

Estaba harto de tanta condescendencia con el Todopoderoso.

No considero de recibo escudarse siempre en la patraña que Él deja actuar al hombre según su cuenta y riesgo, con libertad total de movimientos.

Un dios, para ser magnánimo y superlativo, ante todo, debe ser justo. Y castigar la injusticia y la aberración humanas parecen un buen comienzo para impartir justicia.

No debería poder lavarse las manos como Pilatos. Eso, se llama hipocresía.

Ya no encontraba consuelo en Yahvé, acaso porque no lo buscaba, y mi único bálsamo, la muerte, me seguía siendo vedado.

Capítulo 15

LA LUZ AL FINAL DEL TUNEL



Le he contado la visión que tuve a Hermann, la del hombre que me cosía. Se ha quedado triste porque, como yo, intuye que ese hombre pueda ser “mi” hombre. Aunque, como siempre, me ha dado ánimos e instado a seguir esforzándome por recuperar mi pasado. Es un hombre justo. También le he enseñado la extraña cicatriz que descubrí. Dice que parece hecha con un rastrillo de paja. A lo que ha agregado que, así como de política no entiende mucho, no en todas las materias es tan negado.

Estoy sentada sobre la misma piedra en la que el otro día besé a Hermann. Hace un día precioso para pasear, pero Hermann se ha tenido que marchar a atender sus desatendidos quehaceres habituales. La vida del campesino no conoce descanso. Pero, ¡se le ve tan feliz de

ser lo que es! Como no tengo más que hacer que luchar con mi memoria y el día no invitaba a quedarse encerrada en casa, he optado por venir a este lugar donde tan bien se respira y tan bonitas vistas se divisan. El aire, colmado de agradables efluvios, me retira el pelo de la cara y lo hace bailar a su antojo. Me siento extraña. Por primera vez desde que despertara de mi trance, noto mi mente limpia. Ni rastro de ese persistente y molesto latido en las sienes. Las ideas fluyen livianas por mi cerebro, como si la ausencia de dolor hubiese despertado zonas dormidas. Aunque, a la vez, me siento inquieta. Presiento que mi pasado no se va a resistir durante mucho más tiempo y temo que lo que encuentre no me guste.

A lo lejos, en paralelo a la línea del horizonte, circula uno de esos horribles trenes de ganado acercándose con lenta parsimonia. Entonces, un destello cegador nubla mi vista y mi mente se queda momentáneamente en blanco. Poco a poco, la niebla se disipa y me veo de nuevo dentro del vagón del sueño. La misma niña me abraza temerosa. La diferencia radica en que, ahora, no todo me parece ajeno, al contrario, me resulta dolorosamente conocido. Sé que no se trata de una pesadilla, ¡he vivido realmente esas imágenes! Hermann estaba en lo cierto. En todo. Pero, la lucidez es relativa, aún hay demasiadas lagunas. La niña, intuyo que es mi hija, pero no tengo la constancia; ni sé su nombre, ni cuando nació, ni nada de nada. Tampoco recuerdo mi nombre, ni el resto de mi pasado, sólo cosas fugaces, datos secundarios. Pero lo esen-

cial, todavía se me escapa. Sé que añoro mucho a un hombre. En cambio, ese hombre no tiene ni rostro, ni nombre, ni historia que contar.

Mi mente queda nuevamente a oscuras. Sólo siento el débil azote del viento y el agradable trino de algunos pajarillos lejanos. Mis ojos están abiertos, pero sólo muestran lo que ve mi mente. Oscuridad. Y, tal como se fueron, las imágenes vuelven.

Estoy en unas duchas junto a decenas de mujeres y niñas famélicas. Vamos todas rapadas o con grotescos trasquilones. Al igual que en el vagón del tren, tengo miedo e intuición que todas las demás también. La niña está de nuevo junto a mí, lo que me hace sospechar de lo acertado de mis suposiciones. Si no es mi hija, desde luego, está a mi cargo. Las secuencias de imágenes se comienzan a solapar sin interrupción. Ahora me hallo tumbada en un incómodo camastro dentro de una gran habitación, que bien podría ser un almacén. La niña sigue estando a mi lado. Se acurruca en mí y yo me acurruco en ella. Los dos cuerpos unidos en busca de un poco de calor. Pese a que no recuerdo nada sobre ella, percibo con claridad lo que es indiscutible: se trata de mi hija. Sería incapaz de sentir tal sensación de amor por una niña que no fuera mía, de eso estoy bien segura. Junto a nuestro catre, otros muchos, con decenas de mujeres intentando combatir como

pueden el frío, el sueño y la añoranza. Son muchas las que duermen también con sus niñas. Si algo tengo claro, es que no me encuentro a gusto en ese lugar, tengo tanto o más miedo que en el vagón de tren. Presiento que esa especie de barracón es el sitio donde duermo habitualmente.

De pronto, asumo gran cantidad de cosas sin necesidad de verlas. Sé mi fecha de nacimiento, que me encantan las espinacas, que odio las tormentas, que lloro con las novelas románticas, que me encanta cocinar, que nunca me he sentido satisfecha con mi cuerpo, que me encantaría poder viajar, que soy polaca y que donde estoy encerrada es un campo de concentración. También estoy al corriente que llevo días queriendo escapar de este maldito lugar y que, por fin, he encontrado la persona que está dispuesta a ayudarme. También echo muchísimo de menos a un niño del que tampoco sé nada.

De repente, me veo formada en un patio junto a las demás mujeres. Hace mucho frío. La niña sigue junto a mí. La veo muy débil y demacrada. No es más que huesos y más huesos unidos por pellejos. Yo estoy muy agitada, mi corazón bombea alocado y me siento cautiva de una gran preocupación. Presiento que algo malo está a punto de suceder. Intuyo tragedia. Tiemblo. Militares uniformados controlan todos nuestros movimientos. La niña tiritaba patéticamente. Pasan los minutos y nada sucede. Finalmente, la niña cae inerte sobre el suelo nevado. Mi

corazón se desboca. Lloro como una plañidera. La niña no respira. Desfallezco.

De nuevo, la oscuridad ciega mi mente y mis sentidos. Por primera vez en un buen rato, vuelvo a percibir los trinos de los pájaros y el soplo del viento fustigando mis cabellos. Pero es sólo un instante y, de nuevo, lo que sucede en mi mente cobra protagonismo.

Me veo en la cama de una agradable habitación. Un aparatoso vendaje cubre todo mi pecho y abdomen. El hombre que me cosía en la primera visión está junto a mí con un libro entre las manos. Se gira y me mira. Cierra el libro y sonrío. Mi corazón palpita de diferente manera cuando estoy a su lado. Estoy convencida que nos une el amor. Que es mi hombre. Como para constatarlo, me estampa un jugoso beso en los labios y yo, pese al dolor que me produce la zona vendada, me derrito.

Pero antes que pueda siquiera oír su voz, ni saber nada sobre él, vuelvo a viajar a otro momento de mi pasado para verme llorosa frente a un herrumbroso espejo roto. Lloro amargamente la pérdida de mi hija, de la que aún no recuerdo su nombre. El espejo se halla en un abigarrado almacén con infinidad de estanterías. Fuera, frente a la puerta, cientos de bolsas de basura esperan para ser cargadas en un camión que está con el motor al ralentí. Oigo la voz de un hombre a mi espalda. Me giro y veo a un militar de mediana edad y rostro agradable. Comprendo que es la persona que me iba a ayudar a escapar de este lugar horrible. Mejor dicho, nos iba a ayu-

dar... pero ahora, la niña no está. En cambio, sigo queriendo salir de ahí. Pese a la gran pérdida que me supone la muerte de la niña y el dolor que pesa como una losa en mi corazón, me queda todavía alguien por quién luchar. Mi otra mitad. Esa mitad que dota mi vida de sentido y que ahora sé a ciencia cierta que se trata del hombre que me zurró y más tarde me besaba con ternura. Mi marido.

El militar de noble mirada me informa que ha llegado el momento, ¡ahora o nunca!, me dice. Me sueno los mocos y limpio las lágrimas que bañan mi rostro con la manga de la sucia camisa a rayas. Segundos después, me ayuda a introducirme en el camión, me desea suerte, parece sincero. Le doy las gracias una y mil veces, él aprieta con fuerza mi mano infundiéndome nuevos ánimos y se va. Segundos después, las bolsas de basura comienzan a caer sobre mí haciéndome “invisible”.

Como los salmones vuelven al lugar que les vio nacer para acabar sus días, algunos datos al azar retornan a mi cerebro. El lugar del que acabo de huir dentro del remolque de un camión militar, es el campo de concentración para mujeres de Ravensbruck, en el land de Brandemburgo; el día en curso es el veintitrés de marzo de 1944; el día anterior, el mismo en que murió mi hija, era el día de mi cumpleaños; recuerdo también quién es

Hitler, lo que ha hecho, la sucia guerra en la que nos ha involucrado...

El camión se detiene.

No sé cuanto tiempo ha pasado desde que saliéramos de Ravensbruck. Podrían ser horas, o unos pocos minutos.

Noto que alguien empieza a retirar los sacos de basura hasta que da conmigo. Reconozco al conductor del camión. Algo en su mirada no me gusta lo más mínimo. Algo animal. Me fuerza, más que me ayuda, a salir del remolque del camión.

Mientras pronuncia palabras soeces, soba con ojos desorbitados mis marchitos pechos. Instintivamente, le abofeteo. El conductor, un cabo de las SS de aspecto descuidado, saca su revólver y, con la empuñadura, me propina un golpe seco junto a la sien que me hace perder el conocimiento.

Un tiempo indefinido después, entre la bruma de la semiinconsciencia, veo como me arrastra hasta un tupido bosque, se adentra unos pocos metros en él, me suelta con desprecio, se desabrocha con cierto nerviosismo el cinturón, se baja los pantalones hasta la altura de los tobillos y hace de mí la mujer más infeliz del mundo.

De súbito, las imágenes desaparecen.

Vuelvo a estar sobre la piedra de la colina próxima a la casa de Hermann. Los alegres trinos resuenan por doquier. El aire sigue llenando mis pulmones de la pureza de estos lares. Pero ahora, todo es distinto.

Me siento como la niña que termina su primer gran puzzle tras meses de intenso y paciente trabajo.

Al fin han regresado a mi mente todos mis recuerdos.

Todos.

Capítulo 16

EL PATÍBULO



Un buen día, dos semanas más tarde, cuando de Heinrich no quedaban más que algunos buenos recuerdos y de la rebelión del gueto ni eso, pude ver de nuevo la luz del sol. Fue horrible, al menos la primera reacción ya que, si no erraba, llevaba cinco semanas encerrado en aquel inmundo zulo.

Hasta que mis ojos se acostumbraron a los hirientes destellos del astro rey, pasaron varios minutos. Por descontado, no iba solo. Con las muñecas entrelazadas por una gruesa cuerda de cáñamo, dos robustos soldados teutones me conducían en volandas a un destino ignoto para mí. Instantes después, llegamos a la plaza de revistas. Imaginé cuales podían ser sus intenciones ya que allí se encontraba el patíbulo. Al parecer, por fin habían cambiado de opinión con respecto a mi

pena. Pero, tampoco me quise forjar muchas esperanzas, llevaba ya demasiadas desilusiones. Me dejaron junto a otros dos reos. Uno, en extremo famélico, lloraba desconsolado mientras rezaba una ininteligible oración hebrea. El otro, en cambio, permanecía impertérrito. A excepción de nosotros tres, en la plaza tan sólo estaban presentes una decena de oficiales del campo, sonrientes y altivos. Dos de ellos, acompañaron al primer reo, que continuaba sollozando amargamente su desdicha y lo dejaron bajo la soga de la que acabaría colgado en breves instantes. Ésta, oscilaba insolente sobre su cabeza a causa del fuerte viento que soplaba.

-Por desobediencia reiterada, incumplimiento del régimen interno y por la afrenta a las autoridades de Auschwitz con su intento de fuga... Hans Mieczyslaw, le condeno a morir colgado en la horca.

Este breve discurso, lo pronunció el oficial al mando de la ejecución en dos ocasiones; la primera en alemán, la segunda en polaco. Entonces, me empujaron hacia donde se encontraba el lloroso Hans Mieczyslaw, al que subieron a una caja de madera y, con suma frialdad, me indicaron que tenía que ejercer de verdugo. Intenté negarme. Su respuesta, me rompió el tabique nasal. Persuadido por sus vehementes métodos, subí al cajón.

-¡Por Dios! ¡No me matéis! No volveré a hacerlo, ¡lo prometo! ¿Qué será de mis hijos? Por favor, ¡misericordia! -gritó a los oficiales, que no dejaban de sonreír.

El pobre, lloraba como un chiquillo con la cara tiznada de llanto, mocos y barro. ¡Y yo tenía que ponerle la soga!

-¡Por favor amigo, no lo hagas! ¡Por Dios! -me imploró.

No fui capaz de decir nada. Sólo pude mirarlo con la misericordia que suplicaba. Avergonzado, Hans bajó la mirada e incrementó la intensidad del llanto mientras balbuceaba frases y nombres inconexos que para mí nada significaban.

-¿Quieres matar a ese sucio judío de una puta vez? -me instó perentorio el oficial al mando. Sin dar crédito a lo que hacía, rodeé su cuello con la recia soga y se la ajusté con fuerza.

-Lo siento.

No dijo nada. Yo sabía cuál debía ser mi siguiente paso, pero me resistía a creerlo, no me veía capaz de ello. Debía accionar la palanca que acabaría con la vida del anónimo Hans Mieczyslaw.

-¿Se puede saber a qué coño esperas? -me increpó el oficial.

Empuñé la palanca con fuerza, aunque sin convicción alguna, obligándome a pensar que, contra antes acabara con sus caprichos, antes complacerían ellos los míos. Hans, con los ojos desorbitados, me mi-

raba horrorizado mientras de su boca continuaba mandando un incoherente torrente de plegarias y rezos. Finalmente, muy a mi pesar, accioné la palanca. La trampilla sobre la que descansaba el consumido cuerpo de Hans Mieczyslaw, se abrió violentamente dejando al interfecto suspendido en el aire, aleteando con sus brazos, intentando inútilmente desasirse de la soga que lo estaba ahogando. En condiciones normales, el ahorcado moría instantáneamente al fracturarse la nuca pero, la cuerda era demasiado corta y la reducida altura de la caída no logró su cometido. Esto sucedía a menudo, sospechosamente a menudo. El sentenciado acababa muriendo por asfixia o estrangulamiento, lo que significaba una agonía mucho más duradera y dolorosa. Hans se retorció violentamente durante algo más de un minuto hasta que, al fin, sus miembros quedaron laxos por completo. Se quedó allí balanceándose inerte con los ojos bien abiertos y los pantalones mojados.

¡Ojalá sea yo el siguiente! Pensé sin hacerme ilusiones. No fue así, antes tuve que ajusticiar también a Stefan Drabowski, el impertérrito, que no manifestó ni una sola palabra ni mirada de reproche hasta un instante antes que yo accionara la maldita palanca. Entonces, aulló encolerizado.

-Os veré en el infierno... ¡¡¡Hijos de puta!!!!

Accioné la palanca para acabar cuanto antes con su suplicio, y de paso, con el mío. En esta ocasión,

tampoco se fracturó la nuca. Mientras su cuerpo se retorció entre enérgicas convulsiones, quedé a la espera de la resolución que tuviesen a bien asignarme. La espera fue eterna. La agonía del desdichado Stefan Drabowski se alargó durante casi diez horribles minutos. Al parecer, la sogá no le apretaba lo suficiente y dejaba llegar aire a sus pulmones. Que su lenta muerte fuese por mi culpa, por no haber apretado lo suficiente el nudo de la sogá, me torturaba. Los ahogados aullidos de Stefan, sus forcejeos, así como los eléctricos espasmos de su cimbreado cuerpo resultaban sencillamente espeluznantes. En cambio, a los oficiales el espectáculo les resultaba de lo más divertido ya que, en su mayoría, estaban literalmente desternillándose. En un momento dado, se me acercó un soldado y me tendió un revolver. No lo pensé dos veces y apreté el gatillo. Juro por mi honor, por mis dos princesas y mi pequeño principito que lo hice por acabar de una vez con la terrible agonía que estaba sufriendo el infeliz. De otra manera, hubiese sido incapaz.

Al fin, el cuerpo de Stefan Drabowski dejó de dar sacudidas y descansó en paz sobre un gran charco de orines. Hice cuanto pude por ocultar las lágrimas que pugnaban por emerger de mis congestionados ojos. No les quería dar ese gustazo. Otros dos eficientes SS, descolgaron el esquelético cuerpo de Stefan y cargaron con su cadáver que mantenía los ojos totalmente abier-

tos. Parecía mirarme. Me iré a la tumba con esa mirada grabada a fuego en lo más hondo de mi corazón.

-Belov, súbete al cajón, -ordenó el oficial al mando cuando los serviciales soldados desaparecieron de nuestra vista. Obedecí con sumo agrado.

-Colócate la sogá.

Acaté también esa orden, no sin antes cerciorarme concienzudamente que esta vez quedase bien fuerte. Se acercaba el fin... De la generosa representación de oficiales que se hallaban en el patio, se adelantó uno en el que no me había fijado. Se trataba del despreciable personaje del labio minúsculo. Se le veía orgulloso de ser el encargado de accionar la dichosa palanca. A mí, francamente, me era indiferente quién lo hiciera, con tal de que lo hiciera. Cuando llegó frente a mí, se detuvo y esperó pacientemente mientras el oficial al mando leyó mi sentencia.

-Józef Belov -pronunció el susodicho con gran pompa-, por desobediencia reiterada, incumplimiento del régimen interno y por el asesinato de tu propio padre, el *Sturmführer* Karol Belov... se te condena a morir ejecutado en la horca.

Le hizo una señal al oficial sin labio superior y éste accionó la palanca. Pese a la firmeza del nudo, tampoco mi muerte fue instantánea. La caída seguía siendo insuficiente. Mi cuerpo quedó suspendido entre violentos espasmos. La cuerda me estrangulaba cortándome la respiración mientras notaba mis pulmones

a punto de estallar. No sé cuánto estuve, quizá un minuto, quizás más. A mi se me antojaron décadas. Entonces, mi detestable verdugo sacó su sable y cortó certero la cuerda de la que pendía mi ser. Mi espalda golpeó brutalmente contra el suelo. Pero, para mi propio horror, aunque a trompicones y muy precariamente, respiraba. ¡Seguía vivo! Todos los oficiales, sin excepción, estallaron en carcajadas al ver mi expresión de desesperación. Sus hilarantes risotadas resultaron insultantemente aclaratorias.

Había vuelto a pecar de ingenuo.

-Qué esperabas sucio judío... ¿que te íbamos a complacer?, ¿que íbamos a ser misericordiosos contigo?

La multitudinaria mofa del cuerpo de oficiales me humilló durante varios minutos. Sin lograr reprimirme ni un segundo más, prorrumpí en un desgarrador llanto que surgió de lo más hondo de mi ser.

Entonces, me devolvieron a la opresiva oscuridad del zulo.

Los días languidecían con idéntica apatía. Mi particular día a día se convirtió en un aberrante *collage* de esquizofrénicas imágenes. Fugaces recuerdos reales mezclados con variopintas imágenes de la atrocidad nazi, se repetían sin cesar en mi perturbada imaginación. El

seco golpe de fusil que robó la vida a Juliusz, la blanquecina espuma que manaba de su boca mientras se convulsionaba en el suelo, el descorazonador adiós impreso en la mirada de Kasia mientras me conducían al Tren de la Muerte, la desgarradora tristeza y las lágrimas de Milena aferrada con fuerza a la mano de su madre, las fosas comunes repletas de cadáveres, los fusilamientos sistemáticos, el viciado humo negro que eyaculaban las chimeneas de los hornos, el horror del patíbulo... Un aciago carrusel de imágenes que me martirizaban.

Vagué sin rumbo por el reino de la Locura durante un espacio de tiempo indeterminado. Pero, aunque no logro explicarme cómo, ni para qué, logré regresar.

Sin darme cuenta, me enteré gracias al nuevo carcelero, un rechoncho cincuentón que lucía un solemne mostacho, que corría el mes de diciembre de 1944. ¡Tres años y nueve meses desde aquel lejano marzo de 1941 en que llegué a Auschwitz! No podía dar crédito. Casi cuatro malditos años desde que pasé bajo el pendenciero cartel de "*Arbeit macht frei*". Casi cuatro abriles desde que perdiera a mi familia, lo que más he querido en este mundo. Kasia, Milena, Juliusz. Casi año y medio desde que acabara la valerosa sublevación judía

en el gueto de Varsovia y me obligaran a ahorcar a dos compatriotas y me hicieran creer que iban a dar por zanjada la pesadilla en que se había convertido mi vida.

Y no dejo de preguntarme, por todos los santos... ¡¡¡hasta cuándo!!!

Capítulo 17

LA PARTIDA



Hermann, tengo que hablar contigo.
Acabo de regresar de mi periplo campestre con la mente repleta de todos aquellos recuerdos que temporalmente me habían abandonado.

Me hallo frente a la puerta del pajar, en donde Hermann se apresura apilando ordenadamente la paja en un rincón. Al oírme, se gira sobresaltado.

-No te esperaba tan pronto -dice con cara de intuir que algo raro sucede. Al ver mi respuesta: silencio, añade-. Por fin has recordado, ¿verdad?

Asiento.

No sé que más decirle.

Hermann se acerca lentamente y al llegar frente a mí, me abraza. Un abrazo fraternal, de esos que uno da a su mejor amigo. Me siento reconfortada por su com-

prensiva reacción y me aferro con fuerza al contorno de ese hombre todo bondad.

-Anda, cuéntamelo todo -me susurra al oído, tras lo que, besa mi frente y se sienta en el suelo instándome a que le imite.

-Hermann, es...es...estoy -no tartamudeo a causa de la amnesia, si no por el nerviosismo que me produce lo que estoy a punto de comunicarle-. Estoy casada.

-Entraba dentro de lo posible. De hecho, lo sospeché desde el principio.

-Sabes que si no lo estuviera...

-Lo sé, y por eso es tan grande la pena que siento.

Se le ve ciertamente hundido.

Por mucho que diga que lo sospechaba, está claro que asumirlo, no lo había asumido. Me sabe fatal hacerle daño. Al fin y al cabo, lo único que he hecho ha sido romper su agradable rutina y darle más trabajo y quebraderos de cabeza de lo habitual, seguramente, lo haya colocado incluso en una situación peligrosa.

Si alguno de sus vecinos supiera algún día que Hermann acogió en su casa a una judía... La verdad, no quiero ni pensarlo.

-Te quiero, Hermann -le digo, y rompo a llorar.

Hermann me abraza de nuevo con sus fuertes brazos transmitiéndome su cariño y apoyo.

Realmente siento lo que he dicho, pero el amor por la otra persona es mucho más fuerte y además, me necesita mucho más.

-Yo también te quiero, pero...

-No Hermann, no pongamos peros, las cosas siempre acaban saliendo mal cuando se habla de peros.

-¿Cuándo te irás?

-No lo sé, no puedo tardar, mi marido me necesita. Está en una situación muy delicada.

-¡Espera! -me corta-. Cuéntamelo todo desde el principio, por favor.

-Sí, creo que será lo mejor...

Hoy es el día que, desgraciadamente, me despido de Hermann con la firme promesa de volver algún día a visitar a esta grandísima persona a la que debo la vida que me resta.

De no ser por él, que me halló vejada y medio muerta cerca de su casa y cuidó de mí con gran sacrificio, mi historia hubiera acabado en aquellos fértiles campos. Hoy es el día en que parto hacia un destino incierto en busca de “la mitad” que me falta con el firme propósito de, allá donde se encuentre, dar con él y acabar nuestros días en paz en nuestro hogar, si es que todavía existe. Quizá algún día consigamos “vivir” con la muerte de nuestros hijos desgarrando nuestros corazones, tal vez algún día aprendamos a hacerlo. Acaso algún día aprendamos también a obviar, nunca olvidar, lo que esta maldita guerra nos ha dado.

Quizá, quizá, quizá... Demasiados quizás. ¿Y si no lo encuentro? Y si lo encuentro, ¡pero muerto! Soy un mar de dudas, pero... ¡he de intentarlo! ¡Por nosotros dos! ¡Por nuestros hijos!

Han pasado dos días desde que le contara a Hermann con pelos y señales todo lo referente a mi vida, está al corriente de todo lo remarcable. Es un hombre tan altruista que, desde el primer momento, se ha volcado por completo en el empeño de encontrar alguien que dispusiese de los medios necesarios para llevarme, guiada por un instinto compulsivo y totalmente irracional, al lugar donde sospecho que pudiera estar mi marido.

Finalmente, un primo de Hermann que es transportista de cárnicos y vive en Berlín, ha accedido a llevarme escondida entre la carga de su camión a Cracovia, ya que, caprichos del destino, sale hacia allí esa misma tarde para entregar mañana unas mercancías. ¿Y por qué Cracovia? Porque es la ciudad más cercana del feo lugar al que me dirijo en busca de mi hombre. Ese feo lugar se llama Auschwitz.

Hermann me ha llevado hasta Berlín en su vieja y destartalada furgoneta corriendo un serio peligro ya que, de pararnos en algún control, ambos estaríamos en un grave aprieto. Por suerte, entre otras muchas virtudes, Hermann ha resultado ser un gran conductor y un erudi-

to conocedor de pistas de montaña y caminos abiertos por la trashumancia, por los que hemos accedido sin hallar un solo control a la capital del Reich.

Ernest, el primo de Hermann, vive en un horrible barrio gris de la periferia. En los arrabales del barrio en cuestión, en un descampado lleno de escombros y basura, Hermann aparca la furgoneta junto a un camión. Apoyado en la puerta del copiloto, encendiendo un cigarrillo con la colilla del anterior nos espera, visiblemente nervioso, un hombre fuerte que intuyo será Ernest. Su semblante, tan gris como el barrio, parece estar muy próximo al colapso nervioso. Hermann lo tranquiliza con talante de saber muy bien como hacerlo. Ernest me saluda con cierta frialdad. No se lo reprocho, corre un gran peligro haciendo lo que hace por una persona que ni le va ni le viene.

Abre las puertas traseras del camión y me enseña el escondrijo en el que me tengo que introducir cuando nos pongamos en marcha. Me da unas sencillas indicaciones de lo que tengo y no tengo que hacer en el momento en que lleguemos a Cracovia, o si nos paran en algún control. Me insta también a no hacer el menor ruido durante todo el trayecto, se despide de su primo con una mezcla de cariño y respeto y se marcha hacia la cabina para dejarnos disfrutar de unos instantes de justa intimidad para poder despedirnos entre toneladas de carne de vacuno.

-Hermann, ¿Cómo agradecerte...?

-No hay nada que agradecer, he hecho lo que debía.

-Si alguien descubre un día lo que has hecho por una judía, podrían....

-No te preocupes por eso, siempre he sabido guardarme muy bien las espaldas, céntrate en lo que tienes que hacer una vez llegues a Cracovia. Has de ser cauta, ¿me oyes? ¿Necesitas más dinero? Ya sabes que...

Hermann me ha dado unos ahorrillos que guardaba en la buhardilla. Los había juntado con gran esfuerzo por si algún día podía comprarse un nuevo tractor. Pero, como según él, tal y como están las cosas con la maldita guerra no va a ser posible, me los entrega dichoso. A ti te harán más falta -me ha dicho-. Jamás sabré como recompensar todo lo que este buen hombre ha hecho por mí.

-No, Hermann, no necesito más. Te lo agradezco.

-¿Qué harás una vez allí?

-Improvisaré.

-Pero...

-No Hermann, no más preguntas.

Entrelazo mis manos tras su nuca, al igual que se entrelazan nuestros labios y nuestras desenfundadas lenguas. Creo que es con lo único con que le puedo pagar, además, me moría de ganas de hacerlo.

Unos apremiantes golpes desde la cabina consiguen que nos separemos de un beso que iba camino de ser épico. Nos miramos cara a cara. Los dos lloramos. Me acaricia lentamente la mejilla con sus curtidos y enor-

mes dedos. Querría decir mil cosas, pero no me salen las palabras...

-Jamás te olvidaré, Hermann -acierto a decirle.

-Yo tampoco a ti, Kasia.

Nuestros labios se juntan por última vez.

Después, las puertas del camión se cierran, mi corazón se comprime y el incierto viaje hacia mi mitad perdida da inicio.

Capítulo 18

ÚLTIMA PARADA: AUSCHWITZ



Pasaron días y después semanas y, por increíble que pudiera parecerme, seguía con vida. Las fuerzas aliadas, al fin habían descubierto el complejo de Auschwitz-Birkenau y liberado a todos aquellos supervivientes que dieron su consentimiento. Algunos, se hallaban en un estado tan precario de salud, que optaron por acabar sus días allí.

Me intento imaginar la estupefacción de los jóvenes soldados norteamericanos al topar de sopetón con las devastadoras imágenes que encierran este antro de muerte, al ver con sus propios ojos la brutal realidad nazi. ¿Qué pasaría por sus cabezas? ¿Incomprensión? ¿Odio? ¿Tristeza? ¿Ganas de hacer lo mismo contra los causantes de semejante ensañamiento? A las orgullosas tropas aliadas les llevó dos días enteros en-

contrar mi escondrijo, aquel que me sirviera de morada durante casi dos años. Fueron, sin duda, las cuarenta y ocho horas más agónicas que he pasado dentro de aquel exasperante zulo lleno de mugre. Cuarenta y ocho horas en las que a punto estuve de sucumbir por la privación de agua y alimentos...

Finalmente, aunque muy a mi pesar, salí de los abyectos muros que circundan el campo de exterminio de Auschwitz. Me introduje en el largo reguero de gente que salía del recinto. Formábamos un larguísimo y extraño cordón de vidas rotas y esperanzas truncadas. El ejército de los desahuciados, el regimiento del escarnio, el penoso viaje de vuelta de los pocos supervivientes de Auschwitz hacia una Europa destruida y arruinada por el más despreciable de los inventos humanos: la GUERRA. Salíamos del mismísimo epicentro del infierno para encontrarnos en medio de una desagradable pesadilla. La gran mayoría arrastrábamos los pies por las inacabables dehesas nevadas. Hacía un frío atroz. Muchos, caían en la nieve para no levantarse más. La mayoría, ancianos y niños.

¿Y si Milena y Kasia hubiesen sobrevivido? Esta idea me perturbaba. Aunque, parecía improbable, por no decir imposible. Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, aunque tampoco quería forjarme estériles esperanzas. Ni tan siquiera sabía si habían ido a parar al pabellón femenino de Auschwitz o, si por el

contrario, las llevaron a Ravensbrück¹⁷; ni si estaban vivas, o por el contrario habían perecido ya hacía tiempo. No sabía qué pensar.

Caminé durante un número indeterminado de horas junto a millares de compatriotas anónimos que, como yo, habían sobrevivido al infausto holocausto nazi. En ese preciso instante, yo intentaba, sin lograrlo, calcular cuántos habían sido los que no habían corrido la misma suerte.

Llámenme loco, pero, probablemente fueran... ¡millones! Algunos celebraron con júbilo el reencuentro con algún familiar del que hacía tiempo que no tenían noticia.

¡Qué alegría la suya!

Una titubeante “anciana” que, seguramente, no llegaría aún ni a los cuarenta, lloraba de alegría mientras achuchaba con auténtica devoción a un famélico niño, sin lugar a dudas, su hijo.

En ese preciso instante, unos metros más adelante, creí entrever entre la multitud una melena que, aunque en extremo descuidada, me resultaba ciertamente familiar. Esa espalda. Esos andares. No me cupo la menor duda, no podía ser otra que Kasia. Busqué a

¹⁷ Situado al norte de Berlín, era el único campo de concentración exclusivamente para mujeres.

su alrededor alguna niña de las características de Milena, pero no la hallé. No obstante, no me desalenté. Cada cosa a su tiempo. Corrí con el corazón en un puño esquivando a la gente en dirección a aquella cabellera que tanto de bueno había despertado en mí. ¡Mi amada Kasia!, ¡no me lo podía creer! Llegué casi sin aliento junto a ella. Después de cuatro años de pesadilla en los que me habían privado de mi único anhelo, mi óbito, sometiéndome a una tortura que dudo que nadie pueda jamás ni tan siquiera imaginar, el sueño que daba ya por frustrado iba a verse satisfecho. Posé la mano con ternura sobre su hombro conteniendo, no sin esfuerzo, el fuerte abrazo que me moría por darle.

-Kasia -dije paladeando con deleite las letras que conforman su nombre.

Al darse la vuelta, comprobé desalentado que no era ella... y me derrumbé.

Ni se me había pasado por la cabeza que pudiese estar equivocado. De espaldas, me hubiese jugado la cabeza, o lo que fuera, a que era Kasia.

Entonces, comprendí que jamás volvería a ver a mi preciosa esposa, ni a la dulce Milena.

Ni volvería a acariciar sus espléndidas cabelleras como tanto les gustaba, ni volvería a oír sus risas, ni a besar sus delicadas caras. Nunca más volvería a ver a las dos flores más bonitas de mi jardín, mis dos prince-sas, mis dos diosas. ¡Jamás!

Comprendí que ese tren que había cogido no era el mío, que no llevaba a mi destino, que no se detenía en mi parada. Si seguía vivo era, precisamente, porque esa era la condena que se me había impuesto, no porque yo lo hubiese escogido. Uno no puede pasarse la vida entera cumpliendo un castigo, éste debe tener un principio y un final. O eso creo yo.

De haber optado por seguir con vida, hubiese sido como cumplir penitencia eternamente. Una humillación perpetua. Mi honor, aunque herido de muerte, conservaba todavía algo de su dignidad y orgullo pretéritos y decidió hacer un último esfuerzo.

Salí de la interminable fila de “muertos vivientes”. Muy lentamente, me di la vuelta. Quedé allí parado, con la boca abierta mirando en dirección al lugar del que no debería haber salido. Los que permanecían en la inusual formación siguiendo aquel masivo éxodo sin rumbo, pasaban junto a mí mirándome con extrañeza. Pero nadie hacía ni decía nada. Un desnutrido joven que rondaría la veintena, sí que se detuvo. Me miró entre preocupado y confuso y me dijo:

-Perdone señor, ¿se encuentra bien?

Seguramente mi cara debía de ser como para preocuparse.

-Nada hijo -le contesté tranquilizador-, simplemente me he equivocado de tren y de destino.

No sé si me tomó por idiota o si, por el contrario, adivinó la gravedad de mis palabras, lo cierto es

que me miró con ojos tristes, me deseó buena suerte y se reincorporó a la “marcha de muertos vivientes”.

Comencé a caminar en sentido opuesto a la marabunta humana, en dirección al lugar donde me debía de haber reunido con la Muerte, y donde ésta, había jugado al gato y al ratón con este humilde servidor durante casi cuatro denigrantes años.

Józef Belov. Que poco dicen de por sí estas dos palabras. Pero, cuánto sufrimiento y dolor encierran la historia del personaje al que representan.

No deseo que nadie viva jamás nada semejante.

Que nadie constate, como me tocó constatar a mí y a otros muchos, cuánta maldad es capaz de generar el ser humano cuando no escoge el guión adecuado, cuando se empeña en dirigir una orquesta que no le pertenece y tergiversa y adultera el papel que deben de representar sus coetáneos, con el único fin de aumentar su insaciable ego y sus ávidos delirios de grandeza y poder.

Caminé hundiendo pesadamente los pies en la nieve, aguantando a duras penas la helada ventisca que azotaba mi aterido rostro y mis agrietadas manos. Si no llegaba pronto a mi verdadero destino podía morir por congelación y tenía aún algo pendiente por hacer.

Un último deseo.

Casi una hora después, agotado y extenuado, llegué al destino que indicaba mi billete, la última parada del dramático viaje que había representado mi vida: Auschwitz.

Y aquí me encuentro, en este preciso instante, tembloroso y agonizante, rendido por completo a mi sino, exprimiendo las pocas fuerzas que aún conservo en cumplir ese último deseo postergado.

Escribiendo mi particular y dolorosa historia en una vieja y mugrienta máquina de escribir dejada de la mano de Dios en este sombrío lugar de muerte.

Golpeo con firmeza y decisión las polvorientas teclas, rubricando en papel las últimas palabras que conforman y confirman la patética historia del ciudadano Józef Belov.

Por si algún día pudiesen servir de algo. Aunque sea para no olvidar.

La intención que me ha impulsado a realizar este manifiesto no ha sido otra que relatar con el máximo realismo y sinceridad que he sabido, los hechos acontecidos desde que fuese escogido en el proceso de selección de aquel remoto mes de marzo de 1941, hasta que, por propia decisión, regresé a estas vergonzosas instalaciones para poner fin al último capítulo de mi truculenta historia.

Espero y confío que si alguna vez estas páginas son leídas por alguien, entienda que no son una crónica morbosa de mi humillación con la intención de beatificar mi alma, ni el testimonio capcioso para denunciar la injusticia a la que he sido sometido... son eso, pero, a la vez, son mucho más que eso.

En ningún momento he buscado la piedad gratuita, más bien todo lo contrario.

Mi única motivación, lo que de verdad me ha empujado a emprender esta dolorosa crónica, ha sido el poder ilustrar mediante el único medio a mi alcance, el incalculable poder del lenguaje y de la palabra impresa, cómo he vivido en propias carnes toda esta barbarie.

Para dejar constancia y que no se olvide jamás.

Ojalá sirva para, mediante una profunda reflexión, comprender que hay algo que falla en la raza humana cuando se cometen, y lo que es aún mucho peor, ¡se permiten!, atrocidades como la emprendida por el señor Adolf Hitler y sus secuaces.

Si las palabras de este cautivador relato encienden en alguien las llamas de la venganza, mi objetivo se vería incumplido y mi esfuerzo habría sido del todo infructuoso.

Por el contrario, si azuzan las brasas del deseo de justicia, de la búsqueda de posibles soluciones, de la ambición por evitar que esto vuelva a suceder jamás de los jamases, mi muerte y las de mi mujer e hijos, así

como millones de personas más, no habrán resultado del todo vanas.

Considero que tan sólo me queda una única cosa por decir:

Adiós, mundo cruel.

Józef Belov.

PD: Nos vemos el año próximo en Jerusalén... ¡si Dios quiere!

ANEXO

NOTA

Este documento mecanuscrito fue hallado y posteriormente entregado a las autoridades pertinentes, sobre el pecho del cadáver de Józef Belov, sito en las instalaciones del campo de Auschwitz-Birkenau el día 24 de Enero de 1945.

FDO: Alguien a quien se le encendieron las llamas del deseo de justicia.

EPÍLOGO



Mi aventura en pos de mi marido y de su historia fue ridículamente efímera, poco más de un cuarto de hora. El camión de Ernest fue registrado a fondo en el primer control militar que encontramos a las afueras de la capital.

Cuando, tras breves instantes de búsqueda, me hallaron, dos recios Camisas Negras me sacaron a empellones del furgón haciéndome chocar contra las reses colgadas y, una vez fuera, me tiraron violentamente al suelo de un fuerte empujón.

El más joven de los dos soldados sacó su pistola y, cuando pensaba que iba a dar fin a mi vida, se giró en redondo y le saltó la tapa de los sesos al primo de Hermann, que se hallaba fumando convulsivamente apoyado en su camión.

A mí, en cambio, me devolvieron al campo de concentración para mujeres de Ravensbruck, considerando que, sin duda, ese me resultaría un castigo mucho más doloroso que no una muerte rápida.

Pasé once meses más en aquel miserable lugar, hasta que todas las inquilinas del campo fuimos rescatadas por las tropas aliadas. Tardé un mes entero en llegar a mi hogar. El barrio entero estaba en ruinas, los edificios derruidos, la calle llena de cascotes. Llegué al lugar donde debiera haber estado nuestra casa, pero allí sólo hallé ripio y restos de lo que en tiempos mejores habían sido los muros de nuestro hogar. Mi corazón se hizo añicos. Entonces, fui al centro de Varsovia, donde residían, al menos antes que nos encerraran a nosotros en el gueto, Iván, mi cuñado, hermano de mi marido, y Anna, su mujer. Una vez acabada la guerra, Varsovia quedó bajo control soviético. Lo cual, tampoco me tranquilizaba. Tan malvados son los unos como los otros.

El miedo y la desesperanza me aturdían mientras caminaba por las desérticas calles del centro de Varsovia en busca de los únicos parientes vivos que me quedaban. Ellos eran mi única esperanza, ya que no me quedaba nada. No quise pensar qué pasaría si no estuvieran. ¿Qué sería de mí?

Al llegar a su calle, lo primero que pude comprobar es que no había sido destruida por la multitud de bombardeos, tanto de los nazis como de los rusos. Resoplé aliviada. Sin embargo, no quise forjarme vanas ilusiones ya que, por el momento, la suerte había rehusado reiteradamente convertirse en mi aliada. Pero, por una vez, no me resultó tan esquiva.

Iván y Anna seguían viviendo allí. Después de llorar durante horas nuestras respectivas desgracias les pedí lo que en el fondo había ido a buscar. Nuestros ahorros, los de toda una vida. Por suerte, los conservaban, al menos, la mayor parte. Dentro de lo que cabe, fueron de los menos desfavorecidos por la guerra, quién sabe si a causa del destino o por algo mucho más turbio.

Eso es algo que ni sé, ni quiero saber.

Una vez recuperado lo único que me quedaba en esta vida, cuatro joyas con más valor sentimental que económico y unos pocos miles de zlotis, cada vez más devaluados, salí a hacer lo único que podía y debía hacer: dedicarme en cuerpo y alma a la tarea de dar con mi marido, o cuanto menos, con su historia.

Se lo debía, no me podía quedar de brazos cruzados sin saber nada de nada. Necesitaba saber si seguía vivo. Y si no lo estaba, cómo había sido su muerte, que había sido de él durante estos terribles cuatro años de ausencia.

Me despedí de Iván y Anna agradeciéndoles su hospitalidad. Me desearon suerte en mi empresa y añá-

dieron que, dentro de sus posibilidades, moverían también algunos hilos, los que fuesen necesarios, añadieron.

Durante año y medio removí cielo y tierra en busca de alguna información sobre el incierto destino de mi marido. En vano. Antes de sucumbir, los nazis, habían quemado o destruido gran parte de las pruebas de sus grotescas maquinaciones. Y los pocos archivos y expedientes nazis que habían sobrevivido a la quema, estaban custodiados y sometidos a investigación por las autoridades aliadas que, por cierto, me negaron el acceso a las fichas de los prisioneros de Auschwitz y no me facilitaron información alguna, ni pistas de dónde conseguirla. Lo único que recibí de parte de ellas, fue desprecio e incomprensión.

Hasta que, un buen día, recibí la inesperada visita de un oficial alemán que, lógicamente, prefirió mantenerse en el anonimato. El firmante del anexo. Con un amago de vergüenza en la cara y una solemnidad un tanto impostada, me entregó un diario, supuestamente, escrito por mi marido. El oficial, habiendo tenido acceso al susodicho diario y conmovido por el contenido de sus páginas, lo fotocopió de forma fraudulenta y, con los medios a su alcance, me buscó y rebuscó hasta, meses después, dar conmigo para hacerme entrega de lo que, según sus propias palabras, “sería una tremenda injusticia que yo no tuviera”.

El documento que me hizo entrega aquel misterioso oficial al que nunca más volví a ver es el que, usted, lector, acaba de terminar pocas hojas antes: el crudo testimonio de los últimos años de vida de Józef Belov, mi marido, mi otra mitad. No me hizo falta leer más que unos pocos párrafos para convencerme que todo lo que allí había escrito era, ciertamente, obra de mi amado Józef. Con el corazón en un puño, continué la lectura...

Al terminarlo, me derrumbé. Del todo. Me instalé en un feo hotel de la periferia de Varsovia para llorar a solas mi frustración. Sé que Iván y Anna me hubiesen acogido gustosos en su bonito piso, pero entonces no hubiera llorado a solas y eso es precisamente lo que más necesitaba.

Debía ordenar mis desesperados pensamientos. Hacer balance de lo que aquella repugnante guerra me había robado: primero, mi hogar, después a Juliusz, más tarde a Milena y, por último, a Józef, la mitad sin la que mi vida trastabilla como un potrillo recién nacido.

Antes que al depravado de Adolf Hitler y sus secuaces les diera por destruir nuestras vidas, llegué a alcanzar un estado de felicidad rayano a la plenitud. Tenía todo lo que le había pedido a la vida ya que, aunque pobres, mi familia y yo éramos poseedores de todo aquello que se puede considerar imprescindible para subsistir dignamente. Y quien tiene eso, tiene mucho.

En cambio, tras la guerra, tan sólo me quedaba una vida destrozada y una soledad infinita. Pasé un mes en ese desvencijado hotelucho de las afueras, comiendo poco y mal y durmiendo la mayor parte del resto del tiempo, quemando día tras día los ahorros que tantos esfuerzos nos había costado reunir. Llorando mi infinita pena. Meditando, algunas veces, auténticas locuras. Un buen día, estuve a punto de saltar desde el balcón de mi habitación hasta el duro asfalto cuatro pisos más abajo. Pero, en el último instante me retuve. ¿Qué por qué? Porque era el camino más fácil, y el más hipócrita. De haberme tirado, me hubiese unido a la infinita lista de pequeñas victorias de Hitler, y eso era justamente lo que menos deseaba.

Además, pensé en la única persona a la que veía capaz de, con el paso del tiempo y grandes dosis de paciencia, sacarme de mi atolladero mental y ayudarme a sobrevivir con mi drama. Esa persona no era otra que Hermann. La persona a la que, entre otras cosas, le debía la vida. Después de mucho meditarlo, y de hablarlo mentalmente con Józef, utilizando mis últimos zlotis, fui a él... y Hermann me acogió con los brazos abiertos.

Durante meses, por respeto a la memoria de Józef y porque yo estaba física y moralmente deshecha, Hermann se limitó a ser un buen amigo que me ayudó a llorar las penas de mi vida y hacérmelas más sufribles. Pero, finalmente, al cuarto mes, dimos rienda suelta a nuestro sincero amor. Estoy absolutamente convencida

que es lo que hubiera deseado Józef ya que, en cierta ocasión, tratamos sobre el tema y los dos estuvimos de acuerdo en lo mismo. Eso sí, nunca le he olvidado.

Es difícil olvidar a un hombre como Józef Belov. Aún hoy, casi cincuenta años después de la última vez que lo viera, lo añoro muchísimas veces. Me gustaría poder volver a hablar con él como hacíamos en nuestro hogar, durante aquellas eternas sobremesas en las que tan bien lo pasábamos con Juliusz y Milena correteando alegremente a nuestro alrededor.

Pero eso no puede ser.

El pasado nunca vuelve.

De Józef, aparte de muy buenos recuerdos, sólo conservo su amargo diario. Aquel diario que casi medio siglo antes quedó guardado en un armario de la buhardilla de mi nuevo hogar, y en un rincón de mi corazón. Entonces, no me vi con ánimos de hacer un espectáculo del triste legado de mi marido. En cambio, en este preciso momento se encuentra en sus manos...

¿Y bien? -se preguntará el lector- ¿Qué ha sucedido tras tantos años que me haya hecho cambiar de opinión? Muchas cosas. Pero, principalmente, dos.

Hace escasamente un año, un día antes de cumplir los ochenta y tres, Hermann se fue para siempre. Como, tras la violación, yo quedé impedida para poder traer vida a este mundo, Hermann y yo no pudimos tener unos hijos que, tal vez, me hubiesen hecho más llevadera la au-

sencia de Juliusz y Milena, por lo que, tras la muerte de Hermann me he quedado sola en este alocado mundo.

Y el segundo de los motivos, porque hace escasamente unos meses, el diez de noviembre, a punto de entrar en la novena década del nefasto siglo XX, acabó realmente la guerra que supuestamente lo había hecho en 1945. El vergonzoso muro de Berlín, que desde 1961 dividía la ciudad y Europa en dos partes bien diferenciadas, caía tras casi tres décadas de infamia, dejando el camino abierto a la ansiada democracia que, supuestamente, debiera solucionar el brutal desaguisado que arrastra Europa desde los albores de este desventurado siglo que ahora afronta su recta final.

Pues bien, si estos dos contundentes argumentos no fueran suficientes, añadiré un tercero y último: mis días están contados. Con setenta y dos abriles a mi espalda y una salud más que delicada, intuyo que se me acaba el tiempo, y me he dado cuenta que mi historia y la de mi familia iban a quedar huérfanas, lo cual, no sería justo, ya que Józef escribió su historia precisamente con la intención de que no quedase en el anonimato.

He optado entonces por reproducir íntegramente el crudo relato que, a su muerte, dejó escrito mi marido intercalando en él el desarrollo de mi historia tal y como lo recuerda mi debilitada mente. Un editor al que le hice llegar el manuscrito hace unas cuantas semanas se ha mostrado muy interesado, me atrevería a decir incluso que entusiasmado, con nuestro proyecto.

Ese “nuestro”, no me ha gustado un pelo. Estoy segura que, para él, mi historia y la de mi marido tan sólo representan una succulenta mercancía de la que poder extraer una buena tajada, nada más. ¡Qué le vamos a hacer! Así es el mundo. Y así nos va...

Además, ¡qué más da!, ¡cuantos más lo sepan, mejor que mejor! No hay nada más nocivo en este maltrecho mundo que la ignorancia.

Que cada cual saque sus propias conclusiones.

Yo, ahora, sólo quiero descansar.

Kasia Saburov. 29 de abril de 1990.

ANEXO 2

La muerte de Kasia Saburov se produjo el 16 de enero del año próximo, 1991.

Kasia legó la totalidad de sus bienes al Centro Simon Wiesenthal de Viena, organismo fundado por el individuo homónimo, y dedicado exclusivamente a la caza y captura de los criminales de guerra nazis que quedaron en libertad tras la Segunda Guerra Mundial.

Ya desde principios de los setenta, Kasia Saburov entregaba una cantidad mensual, más bien de carácter simbólico, a dicha organización.

Que Dios bendiga su recuerdo y el de los suyos.

Firmado: El Editor



ACERCA DEL AUTOR

(Hospitalet de Llobregat 3 de diciembre de 1974)

Xavi Villanueva se autodefine como un creador curioso y un contador de historias audiovisual. Así como un luchador y un inconformista nato.

Tras trece años como realizador audiovisual sintió la necesidad de reinventarse. De hacer algo nuevo. Fue cuando conoció el podcasting y su vida dio un giro. Tras casi doscientos podcasts producidos, sigue aprendiendo y empapándose de la sabiduría de algunos de los mejores podcasters del momento que han pasado por sus entrevistas. Para, por mediación de sus podcasts y de este libro poder transmitirte esa sabiduría a ti. Para que tú también puedas aprender lo mismo y ampliar el círculo.

Realizador audiovisual y creador de la red de podcasts ABISMOfm, en la actualidad produce y presenta tres podcasts en su propia red: Audiolibros y Relatos, Podcasting para Principiantes y Cinepedia. También ha producido podcasts para terceros y es colaborador habitual en el archiconocido Días Extraños, el podcast del periodista Santi Camacho con una sección dedicada a las creepypasta. Xavi ofrece servicios de productor y editor de podcasting, narración y locución, así como consultorías y servicios de producción de audiolibros.